

x-rite

colorchecker CLASSIC



R. 35.084

84621

CERTÁMEN POÉTICO

CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE DE 1872

EN LAS

FESTAS DE ZARAGOZA

DISPUESTAS

CON MOTIVO DE LA CONCLUSION DE LAS OBRAS Y CONSAGRACION

DEL

TEMPLO DEL PILAR

DISCURSO
POESIAS PREMIADAS



ZARAGOZA

Tipografía de Calisto Ariño, Coso, 108

1872



0161

SEPTIEMBRE
POEMAS
EN LAS
FIESTAS
DEL
FOLKLORE

AFA-00161

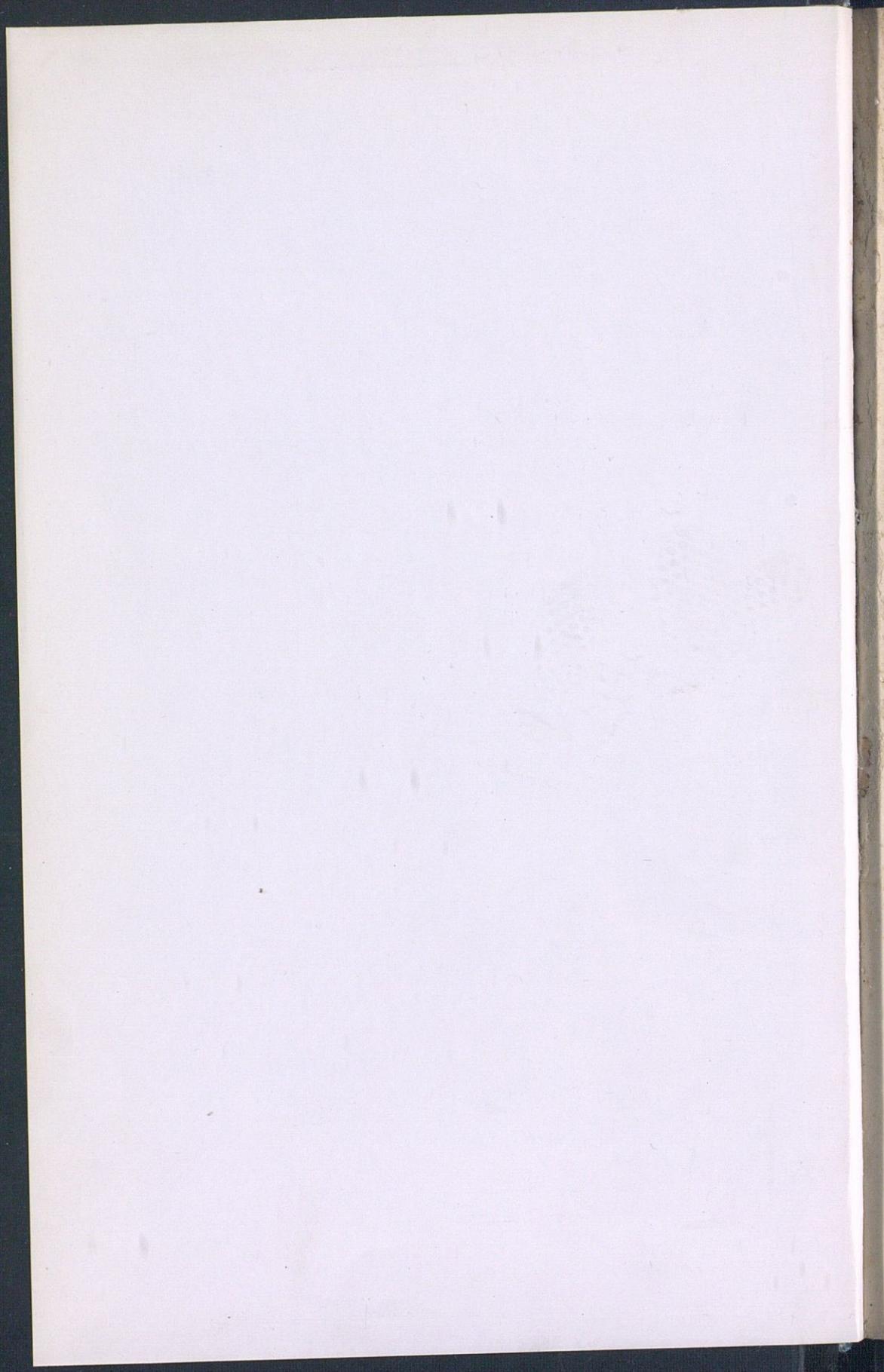


APA 00161

T109749
C.1141298

T 119 128

A-524



R. 35.084

54621

CERTÁMEN POÉTICO

CELEBRADO EL 19 DE OCTUBRE DE 1872

EN LAS

FESTAS DE ZARAGOZA

DISPUESTAS

CON MOTIVO DE LA CONCLUSION DE LAS OBRAS Y CONSAGRACION

DEL

TEMPLO DEL PILAR

DISCURSO
POESÍAS PREMIADAS



ZARAGOZA

Tipografía de Calisto Ariño, Coso, 108

1872

- 1005-A -

DISCURSO
DEL PRESIDENTE DEL JURADO
D. GERÓNIMO BORAO



ILUSTRE concurso en donde la autoridad, la ciencia, la distincion y la belleza parecen haberse dado cita para honrar á Zaragoza! ¡Noble asamblea, que vienes en torno de tus poetas á verter flores, sonrisas y lágrimas al eco de sus patrióticos cantares! Yo te saludo, antes todavía que á los poetas mismos, porque tú eres la musa que les ha inspirado; y, sin tu amor al arte, sin el premio de tus aplausos, sin la poesía que tú sientes, no hubiera poesía que ellos sujetáran á número y cadencia.

Sólo una cosa desmerece de esta solemnidad brillante; pues, compitiendo todo á hacerla más es-

pléndida, la está presidiendo quien de muy buen grado se confiesa indigno del lugar que á su despecho ocupa; mas no lo ocupa por vanidad, ni menos por audácia, sino por virtud de un mandato y tras larga y porfiosa resistencia. Mejor presidiera quien, dotado de autoridad pública, la imprimiera en esta fiesta cívica; ó quien, más encanecido que yo en los estudios de las buenas letras, le prestára superior importancia; ó quien, con alientos más juveniles, le comunicára su lozanía y entusiasmo; pero la digna Comision del Certámen se ha desprendido de sus naturales facultades para pasarlas al Jurado, y éste y ella se han obstinado en distinguirme, premiando en mí profusamente, si no los méritos de que carezco, la constancia con que vengo rindiendo culto, ha tantos años, aunque con laud destemplado y pluma indócil, á las glorias aragonesas y al nombre de mi pátria Zaragoza.

¡Cuántos recuerdos trae á la imaginacion esta voz mágica! ¡Qué fantástica alegoría triunfal pudiera agruparse con sus perínclitas hazañas! ¡Qué série de asuntos ha dado á la historia de los pueblos libres y valientes! ¡Qué valiosas joyas ha engastado en su imperial corona como recuerdo de su poder y sus conquistas! ¡Qué luz tan viva irrádia de su serena frente, desde aquellos tiempos románticos en que colgaba la vencedora espada en la panoplia para pulsar dulcemente el arpa de oro?

Mas no es á mí á quien toca, y menos todavía en la ocasion presente, pintar ni aun esbozar siquiera los más insignes hechos de esta ciudad afortunada: harto los ha pregonado la fama en su clarín sonoro, y harto se han oido sus últimas hazañas en las heladas márgenes del Volga y en las tierras vírgenes de América para animar con su alto ejemplo á aquellos y estos combatientes. Tócame sólo evocar un momento antiguos recuerdos literarios, para venir desde ellos á este insigne Certámen, que siempre ha de honrar á los discretos, á los sensibles, á los cultos miembros de la Junta de festejos que acertaron á resucitar esta ya olvidada costumbre aragonesa.

El ilustrado concurso que me escucha sabe bien cuán amasados van con lágrimas los monumentos levantados á la victoria en los combates; cuán ocasionadas son las guerras á la sinrazon ó el extravío; y cómo es preciso que concurren en una jornada heroica, no sólo el triunfo de una causa, sino la santidad de aquella causa. Pero los laureles ganados en las artes de la paz nunca se riegan con sangre y siempre guardan su pureza; y, mientras los gritos roncós de muerte son una especie de blasfemia contra Dios, las aclamaciones tributadas al génio poético son una suerte de himno al sublime autor de la naturaleza.

Rudo fué y batallador el pueblo aragonés; mas



desde los primeros albores del habla lemosina y castellana, sus reyes, príncipes y optimates, su clerecía y sus juglares, su innominado pueblo y su renombrado estado medio, se aplicaron con igual afán á la poesía del amor y de la historia. Escuelas de *Ciencia gaya* fundáronse en Zaragoza al aire de las de Tolosa y Barcelona; trovadores de estro inagotable y á veces de elevadísimo linaje cantaron sentidas estrofas en el palacio fastuoso de la Aljafería; doctas Academias se abrieron en los salones aristocráticos de las condesas de Guimerá y de Eril, en los del príncipe de Esquilache y en los del conde de Aranda y conde de Fuentes, y en ellos lucieron poetas como Argensola y Andrés de Uztarroz, patricios como el duque de Híjar y el marqués de Torres y damas de alta estirpe que con los caballeros competían en ingenio. Y el número de los que Aragón criaba era tan grande, que vez hubo en que, para uno solo de los grupos de un certámen, se presentaron mas de ochenta poetas, ninguno del todo indigno de este nombre.

En esos certámenes ¡qué animación, qué amor pátrio, qué vida! ¡Cómo el pueblo de Zaragoza se confundía con el poeta y se compenetraba de su espíritu! Cuatro y más días duraba en ocasiones la lectura de los versos, sin que en nadie asomara el aburrimiento ó el cansancio: los campos vecinos al convento de San José apenas podían contener la

muchedumbre allí agolpada para oír, ó aproximarse al menos al recinto en que se leyó el postero día la sentencia burlesca fulminada contra los poetas: premios de muy corta cuantía bastaban para estímulo de aquellos vates, con frecuencia esclarecidos y con frecuencia respetables: nunca el amor propio se sublevó contra los fallos de aquel tribunal inapelable, ni tomó á mala parte la burla despiadada que en saladísimos versos hacía de cada poeta el fiscal ó el secretario del Certámen; y eso que en estos vejámenes ó sentencias, no solamente se criticaba la obra del autor, pero aun se ponían en caricatura su persona, su gesto y sus costumbres, las cuales solían ser no nada santas, pues los poetas, los escolares, y en general la gente moza, vivían, y es natural, alegremente entre amoríos y aventuras.

De esos certámenes túvolos á la verdad Zaragoza en número bastante; pero no en tanto número que fuesen un ejercicio frecuente para aquellos bardos ó fiesta anual ó periódica, cual lo es hoy en Barcelona la de los Juegos florales ó en Lérida la de las justas poéticas marianas. Necesitábase entónces el aguijon ó estímulo de algun suceso extraordinario, que mereciese, junto á otras demostraciones de regocijo ó de pesar, las trovas con que todo lo encarecen y aun eternizan los poetas.

Era la Universidad comunmente quien censu-

raba las obras y quien abria para su lectura el paraninfo; pues, aunque alguna vez presidiera con ella algun Jurado en Cap y algun ciudadano principal, como puntualmente hoy acontece, y aunque otras veces, por lo puramente religioso de la fiesta, franqueára sus puertas algun convento para esta profana y hasta burlesca diversion, siempre sucedia que los versos callejeros ó murales se confiaban al cuerpo de jesuitas y los de certámen se ahijaban por la Universidad, en cuya pericia todos libraban las esperanzas del lucimiento y el acierto: y ella en efecto lo hacía con tal fervor, que hubo funcion de estas para la cual dispendió el producto de seis grados, que ¡cierto! era en aquellas calendas muy razonable cantidad.

¿Qué extraño es que, pues la Universidad prestaba tanto color á todo lo que constituia las grandes solemnidades de Zaragoza, ésta se interesára constantemente por su suerte, ni qué extraño que en nuestros dias haya temblado ante la idea de que muriera en manos del siglo xix ese gran establecimiento literario que data majestuoso desde el xv, y se haya aprestado á sostenerlo por sí propia si el Estado lo desamparára alguna vez con mal consejo?

No cabe, en tan reducido marco cual el de este discurso, enumerar uno á uno los certámenes de que hay noticia ó descripcion; pero sería culpable



de mi parte no mencionar á lo menos los que tuvieron por asunto la muerte de Cerbuna y de Apaalaza, egregios bienhechores del Gimnasio cesarAugustano; los dedicados á la memoria de María Gabriela de Saboya, del príncipe Baltasar y del rey Felipe II; el celebrado en la beatificacion de Teresa de Jesús, á cuya santa misma se aplicó un donoso vejámen, cosa que en nuestros tiempos sonaria indudablemente á desacato; el consagrado á la eleccion de Inquisidor General en la persona del aragonés Fr. Luis Aliaga, en el cual concurrieron como poetisas tantas y tan aventajadas damas, que obtuvieron premio Juana Ventura Español, María Perez Pantoja, Ana Teresa de Rozas, señora de Quinto, María Paez, María Sessé, Isabel Agreda y Luisa Aguilera; y finalmente el de la canonizacion de San Jacinto, que bastaría para dar timbre eterno á Zaragoza, pues en él certó como poeta y supo ganar un primer premio el que andando el tiempo habia de asombrar al mundo con la sin par novela del *Quijote*, el gran Cervantes, á quien hace tres siglos aclamó poeta esta ciudad y á quien hoy vuelve á aclamarse en este recinto, aunque sea por mis humildes lábios, príncipe de los ingénios españoles.

Otro Certámen hubo todavía que de propósito he reservado para el fin, y que de todos modos siempre deberia citarse el postrero, porque en efecto

fué el más moderno de cuantos hasta aquí se han apuntado. Es el que se abrió en 1723 para solemnizar la concesion de rezo propio á nuestra Señora del Pilar, suceso á que se dió más importancia que á ningun otro de los que tocaban á la Virgen ó á su templo, y que fué todavía más regocijado que las dos grandes obras en 1515 y 1681 emprendidas, la primera de las cuales produjo las maravillas artísticas del gran retablo de Damian Formen y el gran coro del florentino Juan Moreto, y la segunda esa grandiosa traza y ejecucion de toda la iglesia que habíamos admirado hasta nuestros dias, y desde donde nosotros hemos partido para avanzar con valentía las obras á que hoy se ha dado cima venturosa.

El rezo, como he dicho, se celebró lujosamente; el Certámen tuvo lugar en el templo de Minerva, esto es en el afortunado paraninfo de la Universidad cuyo ambiente poético le hacía tan apto para tales empresas; la disposicion del Certámen fué tan grande que, siendo cinco los órdenes de composiciones, hubo para cada uno una cantata y una introduccion poética trabajadas al intento; y, en fin, á lo brillante del acto se agregó, para que todavía llamára más la atencion pública, el casi desuso en que ya habian caido las justas literarias, pues, en efecto, mientras en solo treinta años del siglo xvii se habian repetido cinco veces, despues habia tras-

currido casi un siglo sin aquel noble espectáculo.

Ahora sucede lo propio, y aun mas, en este punto: siglo y medio hace que los heraldos de la poesía no han llamado al palenque á los hijos de las musas desde que los llamaron para cantar las bondades de la Vírgen de la Columna; y es como providencial que no hayan sonado otros acentos poéticos en público concurso, hasta que el mismo asunto, el mismo divino móvil ha inspirado la renovacion de aquellos peregrinos combates del númen, que no merecian morir en la tierra de los Prudencios y Argensolas.

Si esta renovacion de aquellas animadas lides ha sido ó no con fortuna, pronto vais á juzgarlo por vosotros mismos al escuchar las composiciones premiadas; mas, todavía antes de oirlas, ya puede asegurarse que están de parabien las letras; pues la sola ansiedad con que en Zaragoza se han seguido todas las pulsaciones del Certámen y la avidez con que hoy se ha concurrido á este generoso espectáculo, bastarian para darnos gloria á todos, aunque los poetas no hubieran cumplido como buenos.

Séame ahora lícito descender, aunque por muy breve espacio, á algunos pormenores que pueden parecer ténues ó nimios, pero que son la cuenta que rendimos al público los que hemos más ó menos intervenido en el Certámen.

La idea fundamental partió de la Junta de fes-

tejos, y yo no hallo palabras con que encarecer como se merece su buen tino; mas para la ejecucion de este pensamiento literario, tuvo, no sé si decir la amabilidad ó el buen tino, de confiarlo todo al claustro de Filosofía y Letras; en cuyo nombre empero cúmpleme decir que nosotros aceptamos el cargo como personas particulares cuyos estudios predisponen al acierto, mas en manera alguna como cuerpo académico, á quien nunca osáramos comprometer ni siquiera poner en riesgo de censura: hemos sido, pues, jueces del campo segun nuestro leal saber y entender, mas sin vestir la toga que para otros altos fines ha puesto sobre nuestros hombros el Estado.

El tiempo concedido á los poetas españoles ha sido, y no pudo ser mayor, sobrado corto; y de ahí han nacido ciertos vacíos que pudieran llenarse en adelante, como son el que no hagan juego con los versos algunas obras corales ó instrumentales al propósito, para que ahora como siempre la Música y la Poesía hubieran tocado en una misma lira; el que no hayan concurrido tantos poetas ni de tantas provincias como tal vez lo hicieran, á pesar de lo cual todavía se han recibido treinta y ocho obras procedentes de Madrid, Valencia, Oviedo, San Sebastian, Jijon, Lérida y otros puntos, preponderando como era presumible las de Aragon que por eso resultan sin duda muy favorecidas en los pre-

mios; y, en fin, el que de los tres asuntos se hayan presentado en desproporcion las obras, siendo más reducido el número de las que exigian mayor estudio prévio, como las dedicadas á Zaragoza que fueron diez y las á Aragon que fueron solo cinco, mientras las de la Virgen subieron á veintitres, por lo cual vinieron escasos los premios y pareció razonable otorgar tambien menciones honoríficas.

En cuanto á la apertura de los pliegos que contenian los nombres de los autores premiados y la quema pública de los que contienen los demás, esto último puede hoy verificarse porque no ofrece dificultad de algun momento; pero lo otro no debia retardarse hasta este crítico instante; pues, aunque tuviera algo de vistoso y de dramático el que recibiéramos todos y en comun esa sorpresa, hubiera sido en perjuicio de los autores y del público. Y á la verdad, que entonces no se hubiera establecido el necesario acuerdo entre ellos y el Jurado, ni para alijerar alguna lectura en obsequio del efecto, ni para preparar la impresion de las obras, ni para encomendar la lectura en nombre de los ausentes á los dignos artistas que, hermanos siempre de los poetas, hoy nos favorecen con su talento y harán subir de precio si es posible los versos que á su pura y limpia diction se han confiado, así como tampoco podrian tener los poetas en este modesto discurso la honrosa cabida que merecen y que



yo he de complacerme en darles, aunque ya en frase rápida y concisa, como es conciso y rápido todo lo que, sin colores vivos que lo esmalten, tengo que ensamblar con formas severas en la Memoria que se ha encargado á mi obediencia.

A las razones que acabo de exponer todos hubimos de rendirnos; mas, para que la apertura de los pliegos resultara dotada de toda la publicidad apetecible, no la hizo por sí el Jurado, sino que llamó á la Comision del Certámen, tocando romper las plicas al Presidente del Ayuntamiento.—Entonces quedaron aclamados: D. José Matheu y Aibar, hijo querido de esta Universidad y miembro de las sociedades literarias que aquí se han fundado, á quienes honra con su mérito que solo tiene par con su modestia; D. Pablo Ordas y Sabau, en quien sorprende la union feliz que han podido hacer en su espíritu los áridos y profundos estudios de las ciencias en que es graduado con los vuelos de la imaginacion que tan altos son y frecuentes en sus obras; D. Baldomero Mediano, el cual á sus muy pocos años ha desempeñado plaza de profesor en el Colegio Politécnico de Madrid y ha dado á luz mas de un libro destinado á formar la inteligencia y el corazon de la niñez; D. Marco Antonio Galindo y Catalan, hombre estraño y admirable que tiene el alma poética y las costumbres espartanas, que con la mano que deja el arado pulsa el arpa sa-

grada, que ha guardado rebaños y ha traducido á Virgilio, que es todo lo que quiere y no quiere ser nada y que ahora mismo ha improvisado un canto poético á la Virgen en el tiempo que hubiera empleado para copiarlo un amanuense; Don Julio Monreal y Gimenez de Embun, antiguo justador siempre afortunado á quien tanto conocen y aman las musas, para quien son pocos todos los laureles y de quien todos esperan, cuando su nombre se anuncia, una obra culta, ingeniosa, correcta y acabada; D. Mariano Laita, otro de los discípulos que honran á la Universidad saldubense, y uno de los que de ella han salido para ejercer con lucimiento el profesorado; y, para terminar este glorioso catálogo de jóvenes brillantes, D. Mário de Lasala, que, sobre vestir el honrado uniforme de los Daoiz y Velarde, viste y viste con gracia la túnica de los dóricos cantores, que siente brotar espontáneamente de su imaginacion nobles conceptos, y que de su pecho, en donde parece que sólo debia tener asiento la rudeza del soldado, deja escapar suspiros de femenil ternura, semejante al atezado marino que, ora se lanza como una fiera al abordaje, ora susurra como una mujer suaves plegarias á la Virgen de la Esperanza ó las Victorias.

Estos son los poetas que tengo á orgullo el presentaros. Cómo sean y de cuántos quilates las obras que les han valido esta hermosa recompensa,

no toca decirlo ahora al Jurado: él las ha preferido entre cuantas se han presentado en competencia; mas no hará de ellas un análisis en este discurso: antes que prevenir vuestro juicio, prefiere dejarlas intactas á la sorpresa y al sentimiento público.

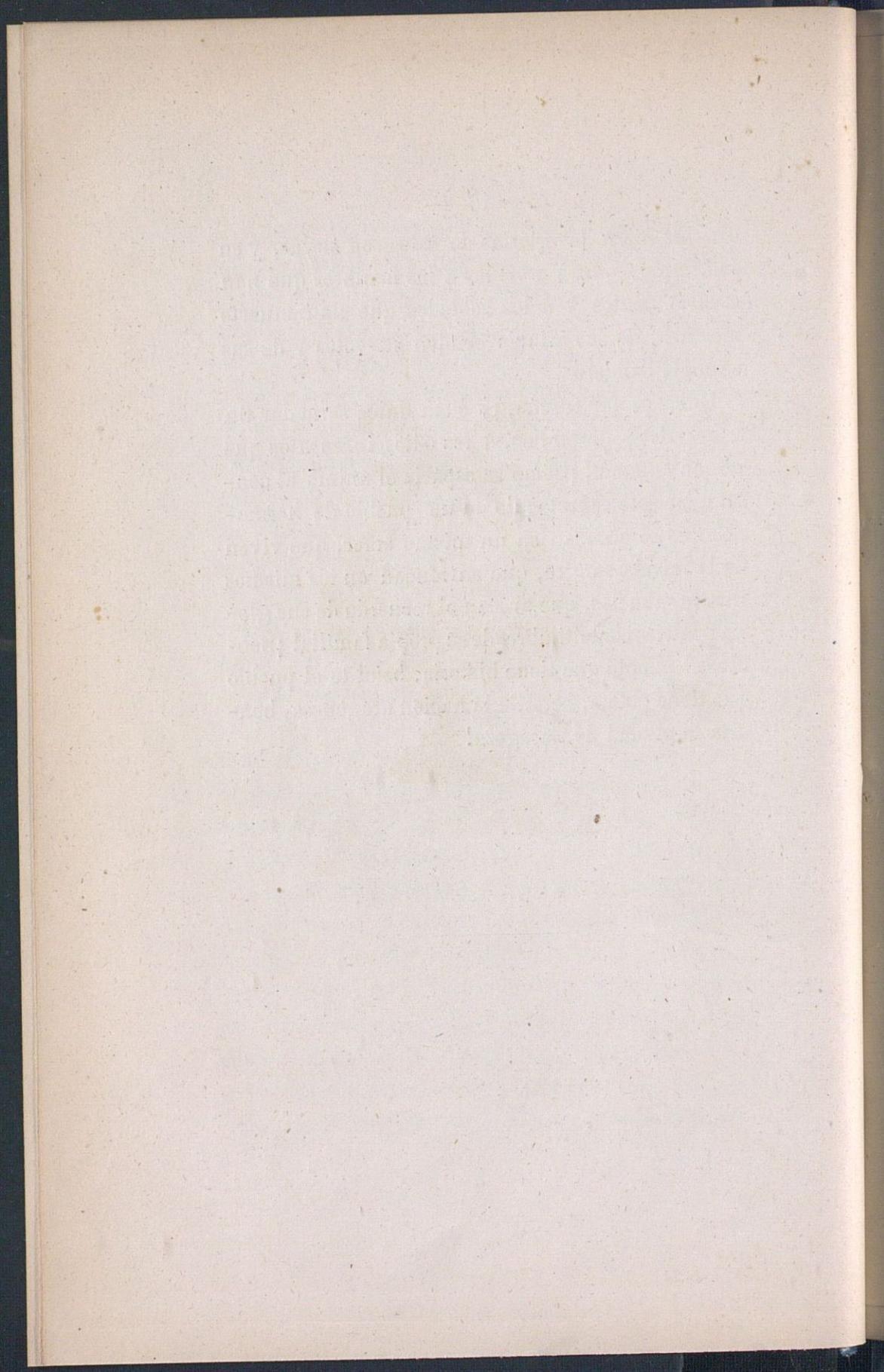
Hoy es el último dia de las múltiples fiestas con que se ha celebrado la conclusion de las grandes obras ejecutadas en el templo del Pilar: no podian tener mejor despedida: los cantos poéticos son, por decirlo así, lo que imprime en todas las obras humanas el estigma de la inmortalidad; y el benemérito y ya para siempre memorable Prelado que ha concebido y dado constante impulso á tan sublime empresa, el Dean que tan de cerca y con tenacidad verdaderamente aragonesa le ha asistido, los artistas que han animado la materia informe para darle vida artística y religiosa y constituir ese gran conjunto de belleza y esplendidez que todos admiramos, y los que con su óbolo modesto ó su bizarra ofrenda han contribuido á que se levante á toda su altura esa basílica, todos pueden considerarse como una entidad gloriosa que ha vivido en la inspiracion de los poetas y ha sido el alma del Certámen, por mas que el triple argumento y la triple deidad que se ha cantado haya sido ese consorcio de tres cosas grandes, el Pilar, Aragon y Zaragoza.

He ahí compendiada en la reunion fraternal de estos asuntos la intimidad en que vive la Virgen



con sus hijos: las glorias de estos son tuyas, y en su templo se alzan estatuas á los hombres que han muerto santos y á los soldados que han muerto mártires; de sus altares penden ex-votos y de sus cúpulas banderas.

Dulce es dar tregua, ¡y cuán dulce sería dar fin á las tristes discordias, á los ódios insensatos que nos envenenan! ¡Cómo se espacia el ánimo al contemplar este espectáculo de un pueblo de hermanos que se abrazan en un mismo amor, que viven de la misma sangre, que entroncan en los mismos ilustres abuelos, que evocan el recuerdo de sus glorias pátrias como timbres de su propia familia! ¡Bendito el pueblo que tiene historia, bendito el pueblo que tiene poesía, bendita la nacion aragonesa, bendita la ciudad de Zaragoza!



PRIMER PREMIO



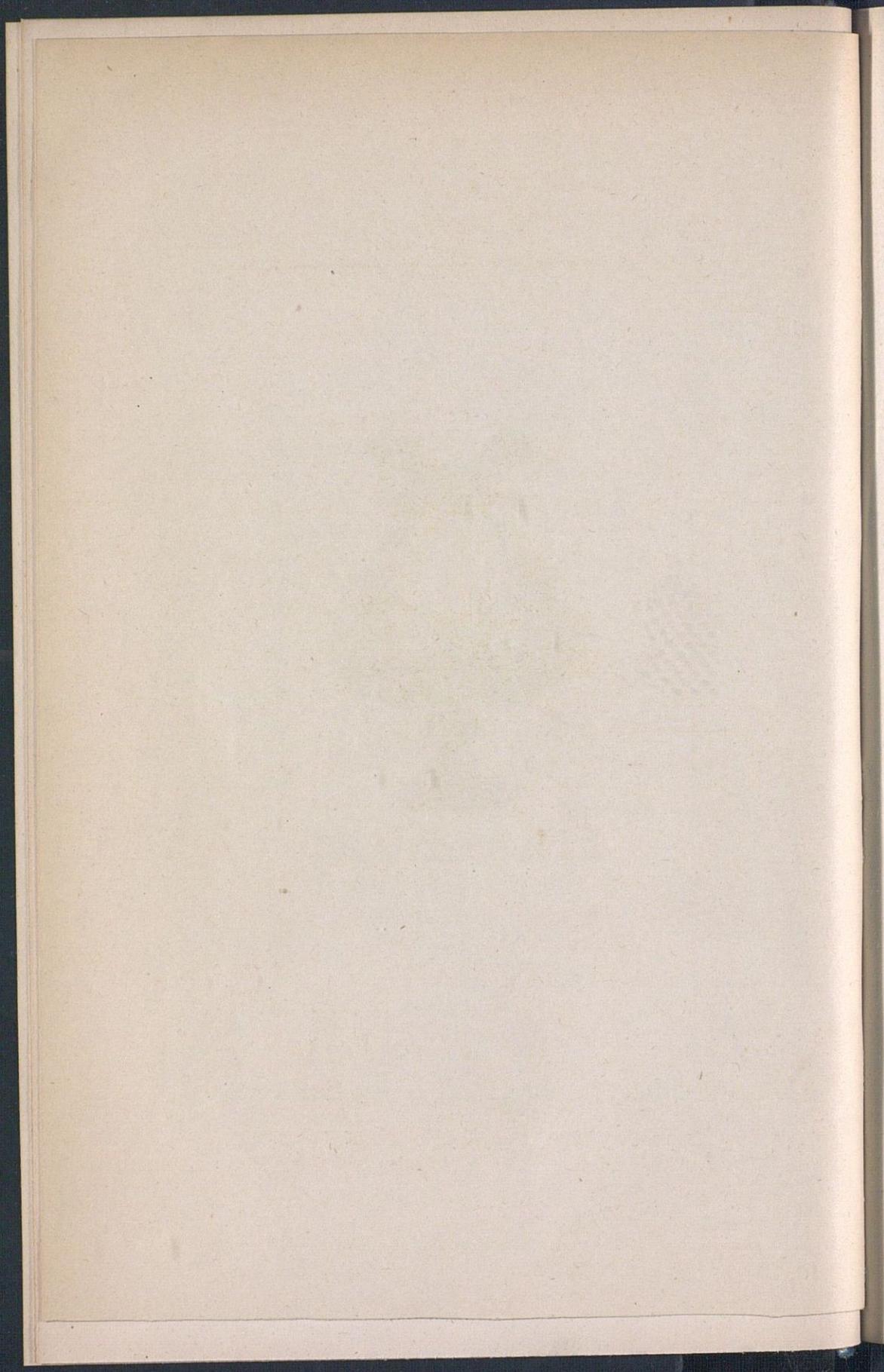
LIRA DE ORO

ejecutada por
Alejandro Valenti
Zaragoza



A. Comeleran.

Lito Aragonesa Zarag^a



EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD
DE NUESTRA EXCELSA PATRONA
MARÍA SANTÍSIMA DEL PILAR

Dulcis María,
Tu exaudi nos semper aure pia.

HIMNOS DE LA IGLESIA.

I

Aquella es la ciudad, esos los muros
Blasones de heroísmo y de grandeza,
Y este que se alza á los reflejos puros
De una serena virginal aurora,
El santuario magnífico en su alteza
Donde á la Virgen Madre el pueblo adora.
¡Cuántas veces, Dios mio, cuántas veces
Al pié de sus columnas seculares,
Creí escuchar entre confusos sonos,
Como el ronco zumbido de los mares,
La voz de cien y cien generaciones!

Generaciones que al girar los siglos
Sobre sus blancos mármoles cruzaron,
Y al sagrado Pilar, fuente de gracias,
Consuelo y fortaleza demandaron.
Y la sombra rasgándose que encierra
En tumbas colosales lo pasado,
Cuantas ví dilatarse refulgente
Sobre todos los tronos de la tierra,
Sobre todas las altas majestades,
A igual de un sol perpétuo de alegría
Que domina las fieras tempestades,
La gloria inmaculada de María!
Yo aspiré de esa gloria la fragancia,
Yo de esa gloria el resplandor he visto,
A través de los sueños de mi infancia
A la luz de la fé de Jesucristo.

.....

II

Y era la noche; en el sereno espacio
Lucian las estrellas tibiamente,
Reflejando del Ebro en la corriente
Sus coronas de fuego y de topacio.

No hallando ya primaveral alfombra
Sobre los campos suspiraba el viento,
Y flotaban subiendo al firmamento
Los negros estandartes de la sombra.

De la ciudad de Augusto bajo el muro
Oraba el santo Apóstol, y á su lado,
Del grupo de discípulos amado
Se via apenas el contorno oscuro.

Crecia su fervor, cuando el reflejo
De una luz en los cielos encendida,
Prestando al llano claridad y vida,
Brilló en las aguas como en limpio espejo.

Y resonó por márgenes y eriales
Una música angélica, hechicera,
Como el himno de amor en primavera
Cantado por las brisas matinales.

Tornaron los discípulos al cielo
Mudos de asombro, su mirada inquieta,
Con el afán con que miró el Profeta
Cercano al ángel detener el vuelo.

Y hasta Santiago su oracion suspende;
Y como en nube que abrillanta el día,
Ven llegar entre albores á María
Que á ellos los ojos cariñosa tiende.

Callan, póstranse, admiran. ¡Oh inefable
Aurora que su espíritu enagenal
»Discípulos de Cristo—su voz suena—
»Dios os colme de gracia inagotable,



»Vengo en su augusto nombre; es mi deseo
»Que edifiqueis con incansable mano
»Un templo de oración donde el cristiano
»Guarde su fé como inmortal trofeo.

»Allá, el que invoque con fervor mi nombre,
»Tendrá del cielo proteccion segura;
»Testimonio eficaz que eterno dura,
»Prenda de la promesa que hago al hombre,

»Será la imágen que en columna fuerte
»Perpétuamente guardará el santuario,
»Y cual la cruz divina del Calvario
»Verá á sus plantas sucumbir la muerte.»

Calló María; revolando en torno
De ángeles puros la milicia santa,
La columna fortísima levanta
Y labra de la imágen el contorno.

Todos la adoran, su fervor se escita,
Y con voces unánimes la aclaman;
Bendita entre los míseros que la aman
Y en presencia de Dios siempre bendita!

III

De los siglos la rápida corriente
Continuó sin cesar, y desde entonces,
Como astro permanente
Madre sagrada esplendorosa brillas.
¡Estrella de Aragon! Flor que has nacido
Del Ebro turbulento en las orillas,
Para que en su hondo anhelo
Te encuentre el hombre del pesar herido,
Cuando en estéril suelo
Busca una patria suspirando un cielo.
¡Oh Virgen del Pilar! Santo baluarte,
Urna que guarda regaladas flores,
Paloma á cuyo arrullo
Enmudecen los pardos ruiseñores,
Y apagan los arroyos su murmullo;
Para cantar tu gloria soberana
Dame, Señora, inspiracion sublime,
Y la voz del torrente cuando gime
O el trino de la alondra en la mañana;
Haz Tú que el fuego de mi pecho no huya
Y que vibre mi lira con encanto,
Para que no concluya
En grito de dolor mi pobre canto.

Sí, velabas allá..... cuando en las breñas
Donde se alza gigante el Pirineo,
Todo un pueblo proscrito se agrupaba,

Contemplando las márgenes risueñas
Que el Gállego bañaba;
Y ese era el mismo que por Tí volviendo
Venció pujante las moriscas olas
Tiranas de la pátria,
Coronas de oro y de laurel tegiendo
Para cubrir las tumbas españolas.
Tú velabas por él cuando escribía,
Al siniestro fulgor de las batallas,
Ceñido el peto de aceradas mallas,
La lanza en el arzon, calado el casco
Frente al fastuoso trono
Del déspota de Alepo y de Damasco,
El código severo de sus leyes;
Y por calmar el fratricida encono,
Abria su Justicia con los fueros
La puerta del palacio de sus reyes.

Tú velabas por él cuando en Oriente
Una legion magnánima de bravos,
Recobraba luchando las banderas,
De un pueblo libre que dobló su frente
Bajo el cetro que acatan los esclavos,
Rendido á las falanges extranjeras.
Y con ellas cubriendo en su coraje
Los muros de Bizancio y de Sofía,
A Andrónico su honor limpio volvia
Y borraba las huellas del ultraje.

¡Columna de valor! ¡Tambien Tú fuiste!

Cuando el coloso que venció á la Europa
Lanzaba á España su potente tropa,
Cual fiera astuta que á traicion embiste,
Entonces del cañon al sordo acento
Del incendio voraz al rojo brillo,
Tú inspirabas, Señora, nuevo aliento
Al noble aragonés, al gran caudillo
Honra de los leales,
Contestando al traidor: «Guerra y cuchillo,
¿Qué importa ya que nuestra sangre corra,
O que muramos todos
En el sacro Pilar los ojos fijos,
Si esa sangre infeliz la mengua borra
Y dá una pátria pura á nuestros hijos?»
Tú ese reto escuchaste, oíste el llanto
De las míseras madres, la voz ruda
Del triste anciano demandando ayuda
Al impotente brazo; y Tú invisible,
De paz tendias amoroso manto
Sobre esa inmensa convulsion terrible.

Tesoro de piedad, ¿quién dolorido
Llegó á tu trono de valor escaso,
Y elevó su mirada á tu faz bella,
Sin ver á su oracion y á su gemido
Alzarse hermosa del oscuro ocaso,
La esperanza en tu amor como una estrella?
¿Quién invocó tu nombre en el destierro
Siendo vana su voz? ¿Quién, contemplando
Preso en cadenas el cruzado hierro



Que oprime á la inocencia,
No sintió el rayo cariñoso y blando
que mandabas del cielo á su conciencia?

Y hoy que á tus gracias y celestes dones
Se levantan los nobles corazones
Sintiendo gratitud; hoy que sonoro
Lánzase el himno dominando al viento
Con los acordes del laud de oro;
Que al eco de tus glorias se despierta
El pueblo aragonés; que en paz profunda
Su piedra sepulcral deja desierta
El fuerte mártir en la fé coloso;
No des, ¡oh Madrel á tu favor reposo,
Haz la concordia universal fecunda;
Del odio fratricida
Agota los eternos manantiales,
Santificando con tu amor la vida
Cuando llegue apenada á tus umbrales.
Accede, ¡Virgen pía! Con las flores
Que pródigos guardamos,
Tejeremos, Señora, una guirnalda
Que ostente bella entre apiñados ramos,
Ricos cambiantes de oro y esmeralda;
Y símbolo filial, emblema justo
De los favores que en tu nombre goza,
Coronará con ella Zaragoza
El santo alcázar de tu trono augusto.

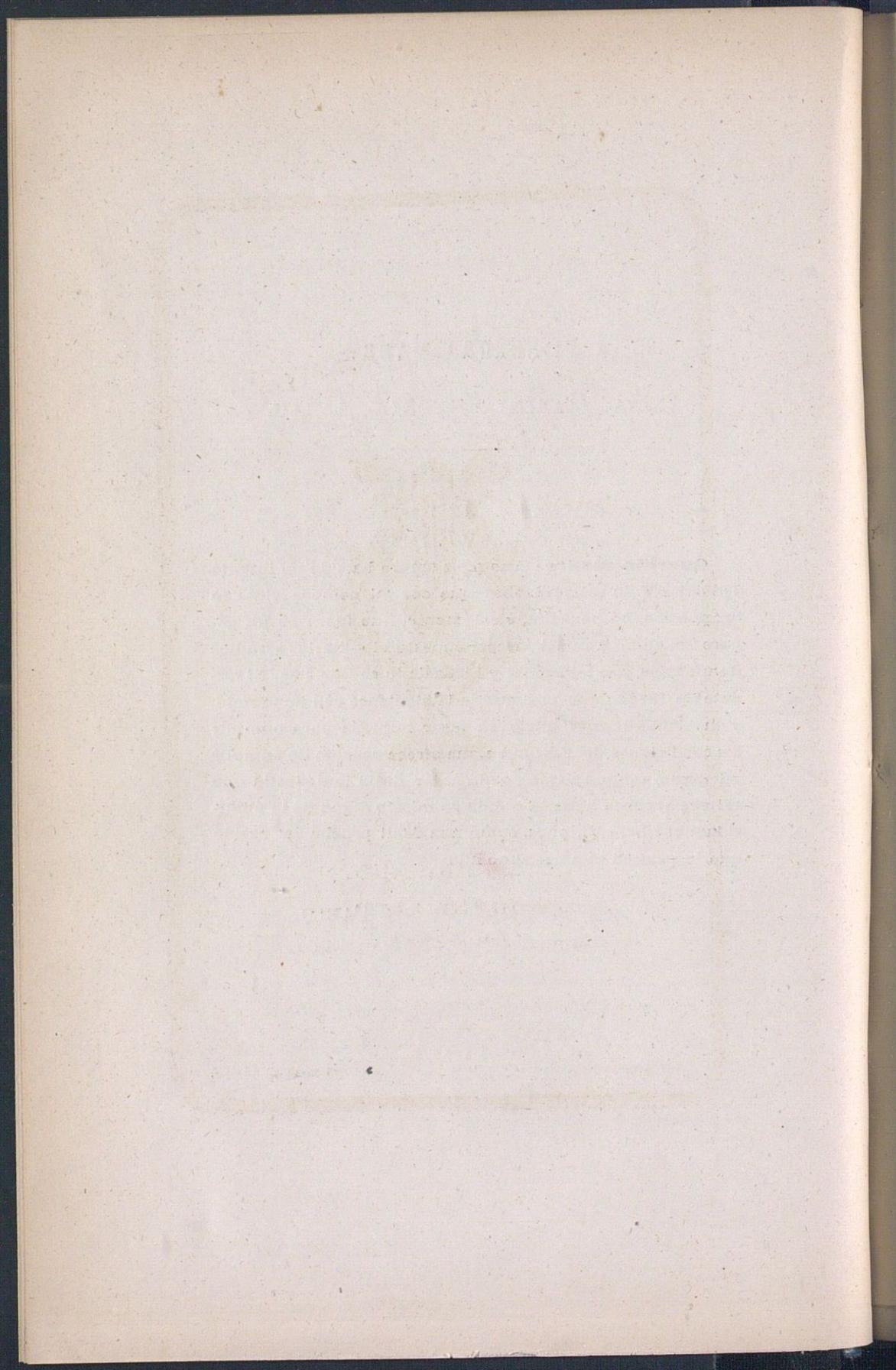
JOSÉ M.^a MATHEU Y AIBAR.

Á MI SEÑORA MADRE

DOÑA MARÍA ANTONIA SABAU.

Querida madre: Aunque siempre ha sido mi intento dedicar á V. la primera obra que con mi nombre viese la luz pública, no pensaba, ciertamente, que fuera de un género tan ajeno y aun al parecer opuesto á los diarios estudios de un Ingeniero industrial y Licenciado en Ciencias. El respetable Jurado que ha honrado la siguiente con un premio, y en virtud de cuyo juicio va á ser impresa para cumplir las condiciones del Certámen, me ofrece ocasion de cumplir mi deseo, sin que se me pueda notar de la inmodestia que tal vez argüiría haberla creído yo mismo digna de la publicación: recíbala V., pues, como una débil prueba del cariño que le profesa su afectísimo hijo

PABLO.





SEGUNDO PREMIO

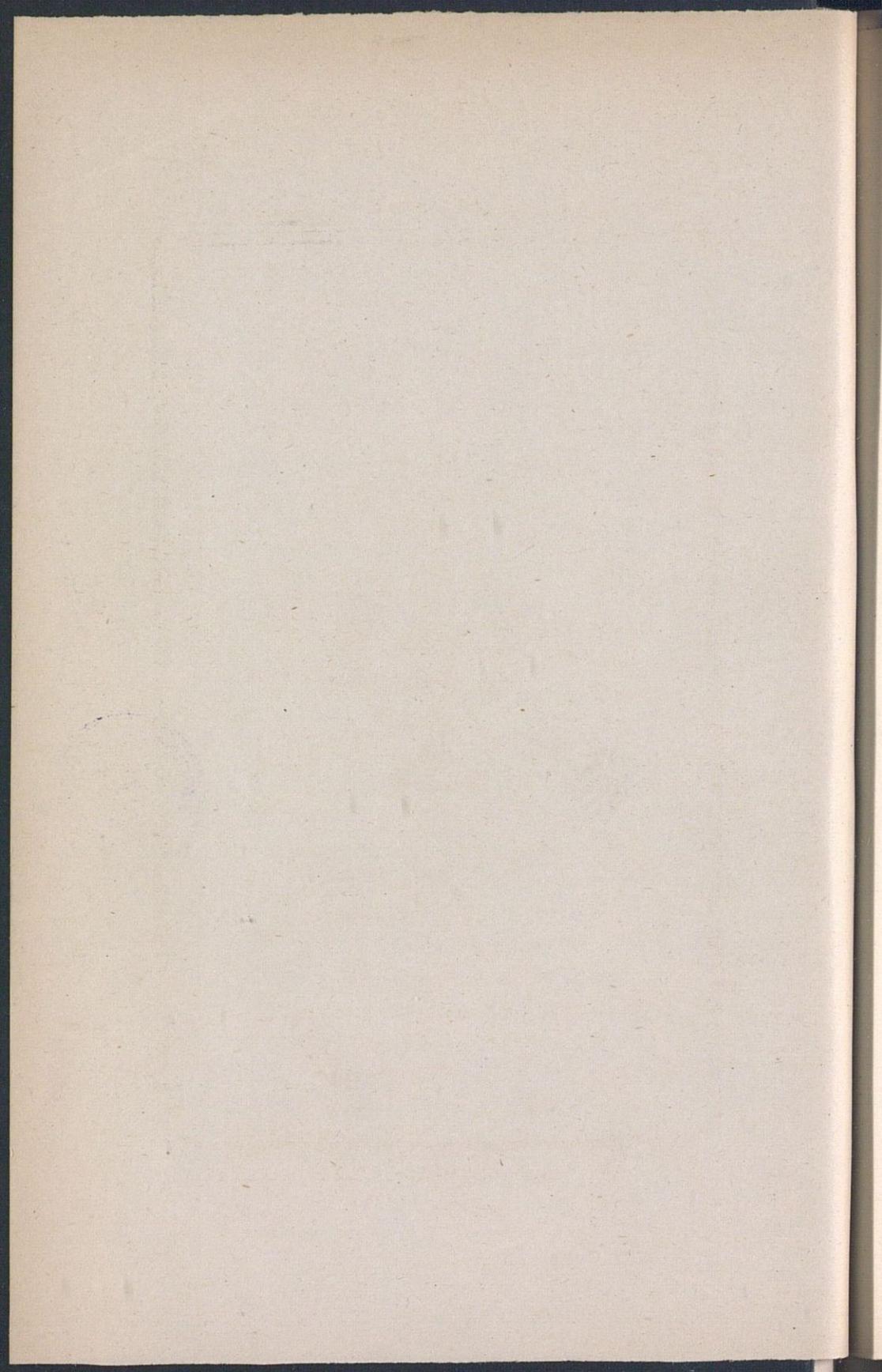


LIRA DE ORO

ejecutada por
Gregorio Ortega
Zaragoza.

A. Comeleran.

Lito Aragonesa Zarag^a



TERCER PREMIO

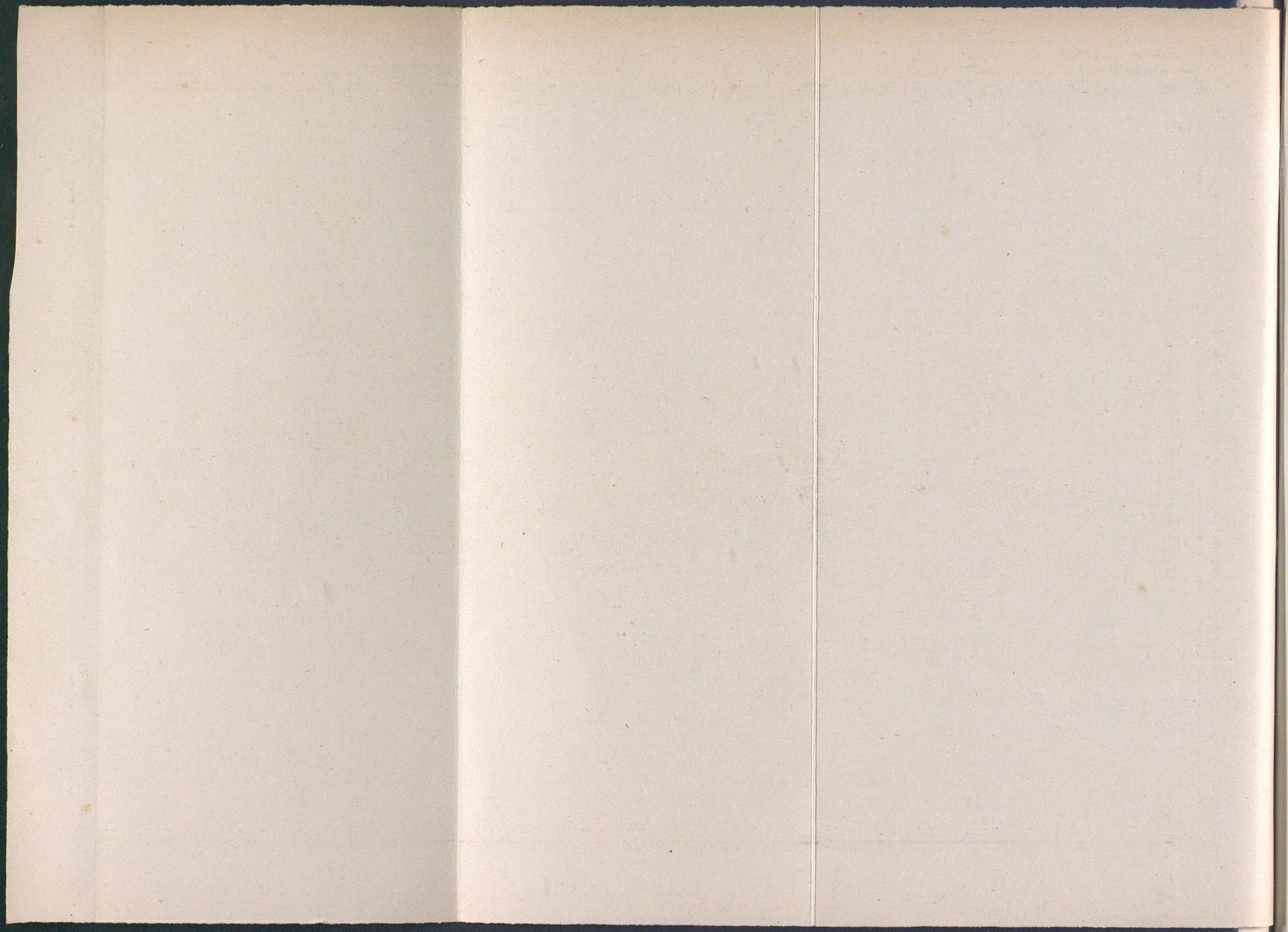


PLUMA DE PLATA
Construida por
Jose Tarongi
Zaragoza.



A. Comeleran.

Lito. Aragonesa Zarag^a



EL CUATRO DE AGOSTO.

CUADRO HERÓICO.

L'orror, la crudeltá, la tema, il lutto
Van d'intorno scorrendo; é in varia immago
Vincitrice la morte errar per tutto
Vedresti ed ondeggiar di sangue un lago.

TASSO-GERUSALEMME, C.º IX.

I

Musas del Ebro, que, el estrago huyendo
Con que asolaba Marte el llano y sierra,
Desde el alto Moncayo el choque horrendo
Oisteis de las armas y la guerra,
Cuando sus negras alas estendiendo
El buitre de la Galia en nuestra tierra
Cual digna presa de ambicion injusta
Se arrojó á la inmortal César-Augusta;

Si al pátrio fuego que mi acento inflama
Y de mi pecho al entusiasmo ardiente



Un destello infundis de aquella llama
Que arde del vate en la inspirada mente,
Entre los hechos mil con que á la fama
Fatiga de Aragon la invicta gente
Un solo dia de heroismo y llanto
Será el asunto de mi rudo canto.

Diré el furor de gálicas legiones
Entrando cual torrente impetuoso
Al infernal rugir de sus cañones
De Zaragoza en el sangriento Coso;
Y hombres, niños, mujeres, cual leones
Abalanzarse al invasor odioso,
Logrando rechazar la altiva tropa
De Francia orgullo, admiracion de Europa.

¡Dia de prueba! ¡Memorando dia!
El alma que suspira con anhelo
Viendo hoy triunfante la discordia impía
Del pátrio amor, emanacion del cielo,
A impulsos de agitada fantasía
Se eleva á lo pasado en raudo vuelo
Do, evocado, á su vista se presenta
El cuadro heróico que trazar intenta.

Y al débil rayo de la blanca luna
Que con su suave albor deja teñido
En triste luz sin brillantez alguna
El manto de la noche humedecido,
El teatro contempla en que fortuna

Su mas rudo combate habrá reñido
Cuando el próximo sol con tardo paso
Hunda su frente en el lejano Ocaso.

¡Horrible vista! La feraz cintura
Que á Salduba ciñó naturaleza,
Su balsámico manto de verdura
Preciado adorno de sin par belleza,
Las blancas quintas que gozó segura
Entre bosques de olivos la riqueza,
Del hierro y fuego con alterno modo
Todo está ardido y arrasado todo.

Elévanse sus cúpulas sin cuento
Y torres con furor acerbilladas
Alzándose en oscuro firmamento
Como negras fantasmas destacadas.
Ni gruesos muros sobre firme asiento,
Ni ondas en ancho foso aprisionadas,
Ni artillado torreón, ni baluarte
Puede oponer contra el furor de Marte.

¿Mas para qué si la arrogancia fiera,
Si la fé, si el valor la están guardando?
Cincuenta veces la terrestre esfera
Hizo su giro por el éter blando
Y otras tantas la España en su carrera
Al astro de la luz fué presentando,
Desde que el galo su ímpetu creciente
Vé ante débiles tapias impotente.

Y ahora cual magnánimo guerrero
Que el fatigado cuerpo al sueño fía
Pronto á empuñar el centellante acero
Al nacer en Oriente el nuevo día,
Así al rumor del caudaloso Ibero
Reposa la ciudad muda y sombría;
Descansa breve que entre mil horrores
Gozan sus invencibles defensores.

Mas no todos. Oid! El grito breve
Del siempre vigilante centinela
Que el lento paso tras la cerca mueve
Por el recinto transmitido vuela!
Alerta! Sí, que el invasor aleve
Fácil descuido aprovechar anhela,
Y el ciudadano bajo el pátrio techo
Duerme, arrimado su fusil al lecho!

¿No veis en torno del endeble muro,
Semejando al vagar sombras flotantes
Evocadas en mágico conjuro,
Confusas masas en el llano errantes?
Polacos son! En el ambiente oscuro
Lucen sus lanzas de la sangre amantes;
Sed de botín su corazón respira,
Brillan sus ojos que inflamó la ira.

Vano furor! La voluntad divina
Que por oculto inescrutable arcano
Poder terrible que doquier domina

Del coloso francés puso en la mano,
Al decretar su inevitable ruina
El valor suscitó del pueblo hispano:
Premió en Bailen su intrépida arrogancia;
Hoy Zaragoza humillará á la Francia.

De la estensa ciudad junto á la puente
Que al Ebro quiebra su raudal de plata
El templo de María en la corriente
Sus elevadas cúpulas retrata;
La basílica excelsa dó ferviente
Venera el pueblo en reverencia grata
La imágen santa y el Pilar que al suelo
Trajo, aún viviente, la que adora el cielo.

Allí, cubriendo la capilla santa
En mármoles y jaspes construida,
Una cúpula humilde se levanta
Por divino pincel enriquecida;
Y apoyando sobre ella leve planta
En la veste de púrpura escondida
Hállase inmóvil celestial guerrero
De alto designio ejecutor severo.

Cuando las hordas de Murat feroces
Impelidas de enojo furibundo
Del patriotismo las temidas voces
En sangre ahogaron indignando al mundo,
Cuatro ángeles terribles las atroces
Escenas vieron con dolor profundo,



Y á la voz del Señor con prestatas alas
Abandonaron las etéreas salas.

»Marchad, les dijo: la cruel matanza
»Que de Mantua las calles ensangrienta
»Señal sea de guerra y de venganza
»A cuanta gente Iberia en sí sustenta:
»Del español la indómita pujanza
»El invasor francés al punto sienta;
»Inermes pueblos, ciudadanos leales
»Desprecien las banderas imperiales.»

Y al punto los celestes campeones,
Angeles de ira, de esterminio y duelo,
Dejadas las empíricas regiones
Rápidos llegan al mantuano suelo;
Y en sangre de inocentes corazones
Que vierte de Murat inicuo celo,
Cada ángel de terror su espada baña
Que va á encender la indignacion de España.

Viéronse sobre Mantua colocados
En el espacio luego alzar la frente
Y por opuestos vientos sustentados
Tomar cada uno rumbo diferente:
Desprenden sus aceros empañados
Rojos vapores en el puro ambiente,
Y al respirarlo el español suspira
Y arde su pecho en generosa ira.

¡Espíritu terrible que hácia el Norte
El vuelo dirigiste impetuoso,
Y de la Virgen, celestial consorte,
Velas hoy sobre el templo suntuoso,
Por tí el horror de la asolada Córte
El Celtíbero supo belicoso:
Tu inspiracion en despertar se goza
El arrojó inmortal de Zaragoza!

Vedle allí! Su poblada cabellera
Como cometa precursor de llanto.
Se agita al viento: su mirada fiera
Centellea encendida en furor santo:
En su diestra la espada reverbera
Con siniestro fulgor del galo espanto,
Y es su dorado escudo suficiente
A cubrir la basílica imponente.



II

Ya el astro de la luz en el Oriente
Sobre celajes de zafir y grana
Muestra su disco fúlgido rasgando
El seno de la aurora nacarada.

Mas no gorgeos de cánoras aves
Le hacen alegre y armoniosa salva,
Ni el sufrido labriego á sus labores
Desde la invicta Zaragoza marcha.

El son de las cornetas estridentes
Y el bronco estruendo de marciales cajas
En la ciudad y en la invadida vega
Hacen vibrar estremecida el aura.

Como enorme serpiente que á su presa
Váse acercando en undulante marcha
Y luego á cada vuelta va estrechando
El círculo que encierran sus escamas,

Las trincheras así del enemigo
En fértiles terrenos escavadas
Casi á tocar en la ciudad heroica
Con tortuosa forma se adelantan:

Y allí por todas partes rodeando
Edificios sin cerca, endebles tapias,
En paralela inmensa se desplegan,
Como muro de fuego ante la plaza.

Hoy, al lucir el rubicundo Febo,
Véense de combatientes erizadas
Mostrando en las terribles baterías
Los sombríos cañones sus gargantas.

En ellas ya para el tremendo asalto
El implacable asediador prepara
Cuantos el genio destructor conoce
Instrumentos de ruina y de matanza.

Todo está presto! La encendida mecha
Del robusto artillero en manos se halla;
Prontas están á vomitar la muerte
Las metálicas bocas bien cargadas.

¡Despierta, Zaragoza! Por tus calles,
En confuso tropel gritan al arma
Y en la inclinada torre el aire hiere
A rebato tocando la campana.

En la vecina altura de Torrero,
Recreo ayer de lá ciudad sitiada,
Hoy campamento en que el francés caudillo
Su cuartel general altivo planta,

Juntos los jefes que su ardor secundan
Conduciendo las huestes de la Francia,
Así Lebfevre con lenguaje duro
Mal comprimiendo su furor les habla:

«Oficiales invictos, que triunfando
»Llevasteis las insignias de la pátria
»Desde el Vístula helado á las regiones
»Que el Nilo inunda con limosas aguas;

»Los que al ruso feroz visteis huyendo
»Y las legiones que os opuso el Austria,
»Ante cuyos gloriosos batallones
»Fueron los Alpes despreciable balla,

»¿Será que turbas de paisanos rudos
»El arado dejando y las azadas
»Las triunfadoras águilas contengan
»Insultando al francés con su constancia?

»¡Insufrible vergüenza! Ya la Europa
»Fijas tiene en nosotros sus miradas
»Y el carmin de la ira el rostro enciende
»Del soberano augusto que nos manda.

«¡Ni un día más nuestra mancilla dure!
»Marchad, enardeced las huestes bravas!
»A vencer ó morir! Que hoy á mi vista
»La ya débil ciudad rinda las armas!»

Dice, y ansiando la inminente lucha
Cada cual con su hueste se prepara,
Hasta que al fin el sitiador caudillo
La señal del combate al aire lanza.

Cuando impelidas de contrarios vientos
Se estienden cual sudario nubes pardas
Conduciendo el fluido que fabrica
El rayo destructor en sus entrañas,

¿Oisteis con estruendo rimbombante
Resonar el espacio á gran distancia
Y entre el fragor de pavorosos truenos
Abrirse las celestes cataratas?

¿Y al punto repetidos por el eco
Volver á retumbar á gran distancia
Y otros seguir en confusion horrenda
Estremeciendo el orbe que amenazan?

Con tal horror, con parecido estruendo
Detonan á la vez en mil descargas
Las infernales máquinas de guerra
Que en torno á Zaragoza tiene Francia.

Los mortíferos globos que en cañones
De comprimidos gases toman alas
Hasta arrancar con incesante choque
Duros fragmentos que á su paso arrastran;

Las huecas bombas de preñado seno
Y de ardiente espoleta, que en su marcha
Luminosa parábola en los aires
Desde el mortero al elevarse trazan;

Y granadas de incendios productoras,
Y la incesante lluvia de metralla,
Todo á la vez contra Salduba insigne
Arroja el invasor con fiera rabia.

Sobre el sagrado templo de la Virgen
El celestial guerrero que lo guarda
Teniendo alzado el colosal escudo
Protege la santísima morada;

Y moviendo en el aire estremecido
La milagrosa enrojecida espada
De los siempre constantes defensores
El patriotismo y el valor exalta.

¡Oh, cómo enardecidos el peligro
Desprecian de la lucha sanguinaria!
¡Ni un solo rostro descolora el miedo,
Ni un solo corazón allí desmaya!

Unos parten veloces á las puertas,
Otros ocupan las endeble tapias
Y ya las españolas baterías
Responden á extranjeras amenazas;

Mientras el impertérrito caudillo
Que Zaragoza con amor aclama,
El leal Palafox, la línea toda
Corre animando á la defensa brava.

En tanto los franceses batallones
Se acercan sin cesar, hidras humanas
Que soplan destrucción, cuyas cabezas
Al punto de cortarlas se reemplazan.

Ya en el castillo que de reyes moros
Fué y de cristianos regalado alcázar
Intentan penetrar, mas tú, oh Cerezo,
Tras escombros de muros los rechazas.

Entónces á la vez lánzanse airados
A la torre del Pino, á la inmediata
Puerta del Cármen y á la cerca débil
Con que cierra sus huertas Santa Engracia.

Espacio reducido á do Lebfevre
El empuje concentra de sus armas!
Donde vá á dirigir todos sus rayos
El implacable dios de las batallas!

Como rugiendo embravecidas olas
Invaden las arenas de la playa
Y en escollos chocando se retiran
Y otras al punto con fragor avanzan.

Tales los batallones enemigos
Una vez y otra vez llenos de saña
Llegan hasta tocar en los cañones
Que siembran en sus filas la matanza.

Y así como la mar cuando el navío
Hiende potente las salobres aguas,
Sobre el sulco que abrió quilla espumosa
Cierra sus ondas que lo cubren rápidas.

No de otro modo al acercarse al muro
Ocultan las columnas que adelantan
Los espantosos huecos que silbando
Abren en ellas las candentes balas.



Cuadros, Torres, Hernandez, Renovales,
Zamoray, Sangenis, dejad que el alma
Admirada os conceda en digno canto
Merecido tributo de alabanzas!

Vosotros, los intentos secundando
Del gefe aragonés, con arrogancia
En lucha desigual á los franceses
Las huestes oponéis zaragozanas.

No el retumbar de los bronceos tubos
Suspende el enemigo en tregua grata,
Ni el granizado fuego de la línea
Un solo instante en sus trincheras pára.

Todo es horror en la ciudad: la sangre
Forma en las puertas anchurosas charcas;
Cadáveres sin cuento están tendidos
En los patios, las calles y las plazas.

Y siguen los patriotas defendiendo
Con indomable arrojo las entradas,
Y llévanles bebidas y cartuchos
Sus esposas, sus madres, sus hermanas.

Escombros de edificios combatidos,
Arcos enormes, defensivas tapias
A impulso de enemigos proyectiles
Sobre ellos con estruendo se desgajan.

Y cuando ya en ruinosas baterías
Muestran sus mismos pechos por murallas
Y el sol oscurecido por el humo
De su curso á mitad próximo se halla,

Entónces por dos brechas espaciosas,
Cual cuadrilla de fieras inhumanas,
De Santa Engracia el edificio y templo
Con ímpetu iracundo se abalanzan.

Y el hambre de saqueo y la alegría,
Y el iníquo deseo de venganza
Animando sus pechos, confiados
Por las vecinas calles se derraman.

«Zaragoza es ya nuestra!» con feroces
Gritos ahullan en su lengua pátria,
Y al arrogante Palafox el viento
Conduce sin cesar tales palabras.

Y con voz retumbante «Aragoneses!»
Desde el corcel sobre que monta esclama.
«¿No ois esos acentos? Y al oírlos
»¿No ahogais en sangre vil tal confianza?»

»A luchar! A luchar! Que el plomo y hierro
»Desengaño cruel lleven á su alma!
»¡Ni un palmo avancen sin regar el suelo
»Con su sangre traidora en nuestra plazal»



Vuela el pueblo al combate: á cada paso
Presencia el invasor fieras hazañas;
Cuantos no van unidos en columna
Entregan al cuchillo sus gargantas.

Lebfevre entonces, concentrar ordena
Las tropas que imprudentes adelantan,
Y en reducido espacio hace que ocupen
Los conventos, las calles y las casas;

Y por breves momentos, suspendiendo
El furor sanguinario y la matanza,
Envia sus veloces edecanes
Que nuevas huestes al combate llaman.

Mira en tanto á Salduba y altanero,
«Ciudad, dice, demente ó temeraria,
»Yo haré que tan inútil resistencia
»Lloren tus hijos con ardientes lágrimas.»

Entonces á sus ojos admirados
Preséntase la sombra veneranda
Del valeroso rey que al agareno
Arrebató la capital bizarra;

Y dirigiendo el extranjero jefe
De injusta indignacion duras miradas,
«¡Ay del Imperio! dice: ¡Ay de vosotros,
«Mercenarios guerreros de la Galia!

»Cuando alzando la insignia redentora
»Aquí humillé las lunas musulmanas,
»El ancho foso, relleno al punto
»Mandé igualar al suelo sus murallas.

»La Côte de Aragon, dije á mi pueblo,
»Sea en el porvenir nueva Numancia:
»Los pechos de sus fuertes habitantes
»A defenderla de extranjeros bastan.

»Antes que estienda su estrellado manto
»En el cielo la noche solitaria,
»Verás que un pueblo altivo es invencible
»De la justicia al defender la causa.

»Que no hay muros ni fuertes, ni hay trincheras
»Como la fé, que anima empresas altas,
»Como el desprecio á los tiranos, como
»El amor generoso de la pátria.»

III

Mientras el genio cruel de las conquistas,
Gigante hijo de infernal soberbia,
Desde el campo francés lanzaba rayos
La destruccion obedeciendo ciega,

Y en aquilon sulfúreo cabalgando
La descarnada muerte siempre hambrienta
Volaba entre irritados combatientes
Mostrando en todas partes su presencia,

Entusiastas soldados y arrogantes
Hijos que envían Cataluña y Huesca
De diferentes puntos concurriendo
Hasta Pina llegaron y hasta Osera.

Allí, de la catástrofe ignorantes
En que se vé la capital envuelta,
Esperan al caudillo que los lleve
Con peligrosa marcha hasta las puertas.

El celestial espíritu que se halla
Del sagrado Pilar sobre la Iglesia,
Con sobrehumana vista, detenidos
En inacción forzosa, los contempla.

Y visible á los ojos presentándose
De Palafox que la ciudad estensa
Rápido corre, las turbadas gentes
Escitando ardoroso á luchas nuevas.

«Caudillo benemérito, le dice,
»¿Alejar de Salduba acaso piensas
»Sin llegar los auxilios deseados
»Las numerosas huestes extranjeras?

»El detonante polvo, que en las bocas
»Que vomitan la muerte ardiendo humea,
»Tienes ya escaso en la ciudad: mañana
»Sin él inermes estarán tus fuerzas.

»Cuál es tu intento?» Palafox, entonces,
«Morir, con entusiasmo le contesta,
»Si el cielo en sus decretos soberanos
»Tan contraria fortuna nos reserva.

»Mas no será sin que el francés osado
»Su propia sangre en abundancia vierta;
»Que si pólvora falta á mis paisanos
»Tendrán líquido hirviendo, hierro y piedras.»

Con acento imperioso, á sus palabras
Así el Angel replica: «La suprema
»Voluntad del Señor mejor fortuna
»A la invadida poblacion reserva.

»Escucha sus mandatos: Hacia Pina
»En rápido corcel al punto vuela:
»Allí refuerzos hallarás; convoyes
»Necesarios tambien allí te esperan.

»A pesar de las huestes enemigas,
»Tu espíritu indomable y tu prudencia
»Aquí las deben conducir: el pueblo
»Lucha entretanto sostendrá tremenda.»

Dice, y al punto el General bizarro,
Escolta acompañándole ligera,
Por oculto sendero, como el viento
Las enemigas filas atraviesa.

Tras el terrible pavoroso estruendo
Que á la ciudad estremeció y su vega,
¡Cuán fúnebre silencio en este instante
Entre el horror y las desgracias reinal

Ya la potente voz de los cañones
Cesó de retumbar: la torre Nueva
Con bronceo son del címbalo vibrante
El terror y la alarma doquier lleva.

Momentos de ansiedad! Desde Torrero
Una tras otra con veloz carrera
Compañías descenden semejando
Rio de relucientes bayonetas.

¡Vedlas desembocar en el recinto
Reforzando las huestes compañeras
Prontas á derramar por Zaragoza
La muerte, la deshonra y la miserial

Más lejos preparados, conteniendo
De soberbios caballos la impaciencia,
Dragones de penachos ondeantes,
Rojos lanceros la llanura pueblan.

Infeliz de Saldubal Esos soldados,
Corazones de tigres y de hienas
Esconden en sus pechos: sus hazañas
De la raza del hombre son afrenta!

¡Ni al ministro de Dios en sus altares,
Ni al pudor de las tímidas doncellas,
Ni al enfermo, ni al niño candoroso,
Ni la canosa ancianidad respetan!

La gloria militar! Ese es el númen
Que invocan oprimiendo España entera;
¡Profanado vocablo, manto de oro
Que cubre iniquidades y violencias!

Monjes de Santa Fé, sencillas gentes
Que habitabais los pueblos de la vega,
En vuestra sangre que sus trages mancha
Vengaron su derrota de las Eras.

Esos son los guerreros invencibles
Que, cual bandas de buitres, á su presa
Se van á abalanzar. ¡Hasta sus armas
Parecen de la sangre estar sedientas!

Por eso, ¡oh Zaragoza! con lamentos
Tus templos, calles y tus casas suenan:
Lloran todos los débiles; las madres
Gimiendo abrazan á sus caras prendas.



Vosotros, esforzados defensores,
Que en llanto las familias veis deshechas
¡Con qué furor las vengadoras armas
Haceis temblar en las potentes diestras!

Escuchad! Escuchad! Ya los morteros
Retumban otra vez: finó la tregua.
¿No ois hendir el viento en son agudo
Con temblorosas notas las cornetas?

Es la señal de acometer. Al punto
De Santa Engracia por la calle recta
Avanza el enemigo, como nube
Que lleva en sus entrañas la tormenta.

¡Ved ya del Coso en la anchurosa calle
Mostrar sus estaturas gigantescas
Los granaderos de la guardia! El suelo
Bajo sus plantas golpeado tiembla.

Llegó el fatal momento! En dos columnas
Parten de allí con direccion opuesta:
Así torrente desbordado inunda,
Dividido en dos brazos, la ribera.

Desierto hallar el Coso, y en su marcha
Ni hombres ni barricadas se atraviesan:
Ya los duros soldados imaginan
Al yugo infame la ciudad resuelta.

Injurosa esperanza! Torpe miedo
Jamás de Zaragoza se apodera!
¡Mirad ya los valientes cuyo brazo
Paralizó un momento la sorpresa!

Ocupando la plaza, que su nombre
Tomó de la afligida Magdalena,
Turba de denodados labradores
Que un religioso con fervor alienta,

Con pecho descubierto á los franceses
Inesperado obstáculo presentan,
Y allí con entusiasmo inestinguible
Desesperado reluchar comienza.

¡Oh cuán pronto su ejemplo generoso
Se sigue en la Ciudad! ¡Con qué presteza
El fuego de fusil cunde en las calles
Que del Coso á ambos lados se presentan!

Pocos son y bisonos los patriotas:
De Francia las legiones altaneras
A su nutrido fuego y á sus balas
Con balas duplicadas les contestan.

Mas no ceden por eso: de sus vidas
A su Dios y á su pátria hacen ofrenda:
Crece el furor en los contrarios, crece
Del pueblo aragonés la resistencia.

A brazo conducidos los cañones
Rechinar por las calles: los manejan
Paisanos ignorantes y en el Coso
Encendido tizon usan por mecha.

Crúzase la metralla destruyendo
Hasta la humana forma en los que encuentra
Y chocando en las casas, de rebote
Hace en curso veloz víctimas nuevas.

En tanto los franceses, de Salduba
La parte no invadida bombardean:
Fuego Torrero y proyectiles lanza
De sus potentes numerosas piezas.

Así, al hervor de su profundo seno,
Lanza al espacio en erupcion el Etna
Entre líquida lava y humo denso
Pedazos mil de enrojecidas peñas.

Aquí los infelices habitantes
Con gritos de dolor su casa dejan,
Su casa en cuyos muros los cañones
Abrir lograron espantosa brecha.

Allá de otro edificio por los techos
La enorme bomba al descender penetra
Y con soplo volcánico estallando
Rojizas llamas hasta el cielo eleva.

Y en tanta confusion, los granaderos
Dos, tres y cuatro veces con fiereza
Pretenden avanzar; mas otras tantas
Ante el valor aragonés se estrellan.

¡Cuánto patriota cuyo oscuro nombre
Ni llegará á las gentes venideras
Inauditas hazañas ejecuta
Del canto dignas y de fama eterna!

¡Más dichosos vosotros, que la historia
Ensalzará con sus doradas letras
Prez de los militares españoles,
Honor de ciudadanos, gloria iberá!

Tú, infatigable Torres, bravo jefe
De escasa guarnicion que en la defensa
Ayuda á Zaragoza, tú que el mando,
Ausente Palafox, tienes en ella;

Simonó, belicoso comandante,
Que mostrando el primero tu entereza
Volaste á dirigir los labradares
Que principiaron desigual pelea;

Valeroso Codé, tú, cuyos brazos
Prácticos en agrícolas tareas
Un cañon en la calle de la Parra
Por falta de artilleros hoy manejan,

Y los que ya en el formidable asalto
Mencionó en el furor de la contienda
La fatigada Musa y otros ciento
Cuyos sublimes hechos no celebra!

Ya con espanto el invasor advierte
La mortandad que sus soldados merma:
Los que del Sol hacía la puerta andaban
En vergonzosa retirada cejan.

Pero ¿quién el furor, quién la arrogancia
Domar podrá de las humanas fieras
Que al opuesto Mercado se dirigen
Y adelantan, y roban y degüellan?

Patriotas! ¿No las veis por varias calles
A Estrévedes llegar de horrores ebrias?
¿Será que allí reunidos cual furioso
Destructor huracan luego se estiendan?

Nó, vive Dios! Como leon airado
Hé aquí que Sas con sus valientes llega,
Cides de la parroquia de San Pablo,
Héroes de la española independencia!

No con tal furia embravecidos toros
Bramando embisten en la lidia ibérica,
Como al francés que receloso avanza
Se arrojan iracundos; lucha horrenda!

Ya por fin las legiones imperiales
Vacilan, retroceden y se encuentran
Con sus antes vencidos compañeros
Que huyendo vienen de la parte opuesta.

Verdier los ve llegar: ardiendo en ira
Con nuevos batallones los refuerza:
A su voz los soldados sanguinarios
Juran vengar la recibida afrenta.

Embisten unos por las calles, otros
Asaltan las moradas indefensas,
Y á través de los muros avanzando
Destrozan, roban, matan, atropellan.

¿Quién dignamente relatar podría
De sangre y de dolor tantas escenas?
La Musa horrorizada las olvida,
No bastan á la fama sus cien lenguas.

Hambrientas bandas de feroces lobos
Que en poblados rediles se ensangrientan,
Parecen los franceses recorriendo
Con furor inaudito las viviendas:

Mas no con tal arrojo los mastines
Defienden de su furia las ovejas
Cual los patriotas en las mismas casas
Corren al galo y sus agravios vengán.

Sálenles al encuentro tras los huecos
Que abren en las paredes sus piquetas;
Teatro es cada piso de un combate
Que pavimento y gradas ensangrienta.

A los que altivos la ciudad invaden
Inundando sus calles ¡cuán violenta
Oposicion el paso les disputa!
¡Cuán terribles obstáculos encuentran!

Ante ellos, con coraje defendidas,
Improvisadas, débiles trincheras,
Y de pesados búcaros y muebles
Una lluvia bajando á sus cabezas.

Viejos, niños, mujeres los arrojan,
La fé y el patriotismo les dan fuerzas:
Leonas son al defender sus lares
Las del hombre amorosas compañeras.

Intrépida Agustina, en cuyos hombros
Resaltan merecidas charreteras;
Casta, María, que en el fuego impávidas
Exaltais la arrogancia aragonesa,

Y tú de Palafox deuda bizarra,
Valerosa, magnífica Condesa
Que formas en tu calle baterías
A conservarlas ó á morir dispuesta,

Vosotras eclipsais con vuestra gloria
Las célebres matronas de la Grecia,
Y de las fabulosas amazonas
El valor igualais, no la fiereza.

Como suele prender voraz incendio
Y de furioso viento á la violencia
Propagarse y crecer, amenazando
La rica poblacion hacer pavesas,

Que, aunque los animosos moradores
Por diferentes puntos lo contengan,
Ruge imponente en otros y adelanta
Tendiendo su inflamada cabellera,

Así por largo tiempo en Zaragoza
La fortuna indecisa se presenta,
Aquí avanzando y acullá cediendo
La bárbara invasion en la contienda.

Mas cuando el sol entre doradas nubes
Nuestro hemisferio sin sus rayos deja
Y el crepúsculo pálido lo alumbrá
Contínuo precursor de las tinieblas,

Desde el sublime cielo donde mora
La Santa Virgen del Pilar, la excelsa
Protectora inmortal de Zaragoza
Que por sus hijos denodados vela,

Con ruego irresistible á sus deseos
Inclina la divina Providencia
Y la Victoria ante sus piés llamando
Bajar al punto á su ciudad le ordena.

«Parte, le dice; de Aragon al pueblo
»Siempre amiga mostraste tu presencia:
»Tú á sus reyes seguiste, tú llevaste
»Al Asia con orgullo sus banderas.»

Ella alegre sonrie, y descendiendo
De Zaragoza el heroismo premia:
Huye el francés como acosada tigre
Que busca su refugio en honda cueva.

Aquellos orgullosos batallones,
Favoritos mimados de la guerra,
A cuyo esfuerzo la nacion hispana
Pareció despreciable y fácil presa,

Hélos ya que cediendo horrorizados
En confuso desórden se replegan
Pisando de sus mismos compañeros
Los exánimes cuerpos á su vuelta.

Zaragoza venció! Gritos de triunfo
Vivas alegres el espacio llenan
Y el pueblo victorioso marcha al templo
Donde de Dios la Madre se venera.

Sobre él, entónces, á mortales ojos
Hácese perceptible la severa
Figura del espíritu terrible
Que circula radiante luz intensa.

Y á la asombrada gente que lo mira
Y en la espaciosa plaza se prosterna,
Así dice: «Ya el término dichoso
»Próximo está de vuestra heroica prueba.

»En vano el invasor nuevos asaltos
»Para vengar su humillacion proyecta:
»Rápido Palafox en vuestro auxilio
»Con los refuerzos y convoyes llega.

»Ya le veo avanzar: el enemigo
»Que burla con prudente estratagema
»Tarde á su paso se opondrá: sus huestes
»Llegarán entusiastas á las puertas.

»¡Oh cuán pronto, alejado el extranjero,
»Recorrereis gozosos vuestra vega
»Contemplando los sitios donde ahora
»Sus baterías se hallan y sus tiendas!

»¡Benedicid al Señor cuando de rosas
»Siembra el camino de la vida vuestra!
»¡Benedicidlo tambien si la desgracia
»Con dura mano en vuestras almas pesa!



»Él quiere que la noble Zaragoza
»Ejemplo de heroísmo al mundo sea,
»Orgullo de los pueblos oprimidos,
»Y de ambiciosos invasores mengua!»

PABLO ORDÁS Y SABAU.

¡ARAGON!

ODA.

Al recordar tu poderoso aliento,
Alzarán á tu gloria un monumento
Con las tumbas de todos los tiranos.

B. LOPEZ GARCIA.

Pasad ya, turba inquieta
De torpes desvaríos é ilusiones
Que enloqueceis la mente del poeta!
Dadme un instante de apacible calma,
Quiméricos delirios y visiones
Que la paz conturbasteis de mi alma,
Y dejad que mi acento,
Como águila caudal que vaga libre
Por la region del viento,

En la alta esfera se difunda y vibrel...
No es la belleza el númen que me inspira,
Ni livianos amores,
Mentido cielo, cuna de dolores,
Dan asunto á los cantos de mi lira:
Más levantado y puro sentimiento
El corazon sublima con su llama.....
Lánzate, fantasía,
Y exhala el patriotismo que te inflama
En férvidos torrentes de armonía!...
Génio del tiempo, musa de la historia,
Presta á mi voz tu entonacion robusta
Para que aclame de Aragon la gloria!...
Déjame que cual mago prodigioso
Evoque las perdidas tradiciones
Que ocultan el pasado tenebroso.....
Que de mi voz al eco
Apareciendo inmensos, colosales,
Abandonen los siglos
Sus lechos funerales!...
Que la falanje de héroes gloriosa
Sacuda el polvo de la tumba fria,
Y, ceñida de aureola esplendorosa,
Cubra la escelsa via
Límite del pasado y del presentel...
Que alcen su mole ingente,
Transfiguradas, las sublimes ruinas
De templos, catedrales, monumentos,
En ciudades, montañas y colinas,
Cual viva muestra de la fé y del artel...

¡Aragon! ¡Aragon! Surge altanero!
Aun tengo inspiracion para cantarte.

.....
.....

Como cubre la niebla vagorosa
De catedral esbelta los perfiles
Y en la sombra sepulta
Sus contornos sutiles,
Del tiempo la penumbra misteriosa
Tu origen nos oculta;
Mas ora pueble la campiña ibera
Asiática colonia
Nacida en la oriental cuna del mundo;
Ora tribus de Arcadia y de Meonia
Aporten á tu espléndida ribera
En vértigo incesante,
Siempre serás un pueblo sin segundo,
A quien su aliento da raza jigante!

Ella vió indiferente
Surcar altiva las soberbias olas
Y aportar á las playas españolas
A la Fenicia, reina del Oriente.
Abrióle generosa su tesoro
Y fueron á engrosar el de Sidonia
Los mármoles ocultos
De la preclara Iberia en las montañas

Y el ancho raudal de oro
Que hervía palpitante en sus entrañas.
Mas ¡ay! Si alguna vez aquellas turbas
De ávidos comerciantes intentaron
Coronar victoriosos sus bajeles
Y á Iberia dominar, sólo lograron
Un trofeo formarle de laureles.
Testigos sean de eternal memoria
La ambicion y soberbia de Cartago!...
En esplosion de gloria
Surgen las sombras de Betel y Tago,
Y, llenas de pavor las libías flotas,
Ven de Amilcar y Asdrúbal las derrotas!
Del águila romana las legiones
Huellan el suelo pátrio, y su arrogancia
Un valladar encuentra inespugnable
En las ruinas de Astapa y de Numancia:
Tan ilustres campeones
Fraternizan al fin con los iberos
Que avaloran la gloria
Que de su aliada la sien circunda,
En Farsalia alcanzando la victoria
Y como bravos feneciendo en Munda.

Cual, al caer la tarde, noche umbría
Cubre el órbe, la púrpura romana
Al mundo entre sus pliegues envolvía;
Mas de la fé cristiana
Tremola el estandarte;

Cristo al hombre en el Gólgota redime,
Y es Aragon emporio y baluarte
De religion más pura y más sublime.

De paz y de consuelo por fin brilla

La aurora suspirada,

Y desciende la Virgen sin manchilla

Del Ebro á la region privilegiada.

Cual roca á cuyos piés el Oceano

En espumas deshecho se quebranta,

El *Pilar* soberano

Do la madre de Dios fijó su planta,

De los siglos venciendo la carrera,

Dicha y grandeza augura

A la region Ibera.

De mártires legiones numerosas

Arrostran por su fé bárbara muerte,

Que en milicias gloriosas

De más alta morada los convierte.

Luego se escucha fragoroso estruendo

Y, con pujante brio

Del Septentrion las tribus descendiendo

Desde el Pirene frio,

Convierten los verjeles en eriales

Conturbando del Ebro los cristales.

Y despues, cual torrente desbordado,

El árabe acomete

Y logra esclavizar la hispana tierra

En la márgen del turbio Guadalete.

Mas de Sobrarbe en la revuelta sierra

Arista se levanta:



Es su grito de guerra
Libertad sacrosanta,
Y en el Uruel, en Pano y en Ainsa
Su bandera de triunfo osado planta.

Y á poco..... mas en vano
Tus timbres numerar intentaria,
Del heroismo emporio soberano,
Cuna de la hidalguía!
Imágenes de gloria y altos hechos
Trae á la mente mia
De los siglos la rápida corriente.
Ya altiva y esplendente
Salduba se presenta
Con sus galas, festines y torneos
Del fastuoso Walí córte opulenta;
O ya como trofeos
Muestra los estandartes
Que en Huesca y Alcoráz dieron al viento
Los árabes baluartes:
Ora cubierto de lucientes mallas
Brilla el primer Alfonso
Que por victorias cuenta las batallas:
Y ora por fin la mente
Evoca la gloriosa correría
Que á los confines últimos de Oriente
Juntos hicieron barras y leones,
En la falda del Tauro y en la Grecia
Invictos tremolando sus pendones.

Quando Castilla y Aragon potentes
Unieron sus coronas,
De sus tres valerosas carabelas
Henchirse vió Colon las pardas lonas
Y tenderse las velas
Por incógnitas zonas.
Vedle burlar peligros, tempestades,
Del huracan el hálito iracundo.....
Lucha tenaz, y al fin ofrecer logra
A la preclara Iberia un nuevo mundo!
Árbitro soberano de todos los bajeles
Que surcaban doquier el Oceano,
Dilató en paz y en guerra
Sus timbres singulares,
Dando asombro á la tierra
Y admiracion al génio de los mares.
Naciones, pueblos, reyes,
Hundieron en el polvo las cabezas
Ante el código santo de sus leyes
Y ante el ara triunfal de sus grandezas.

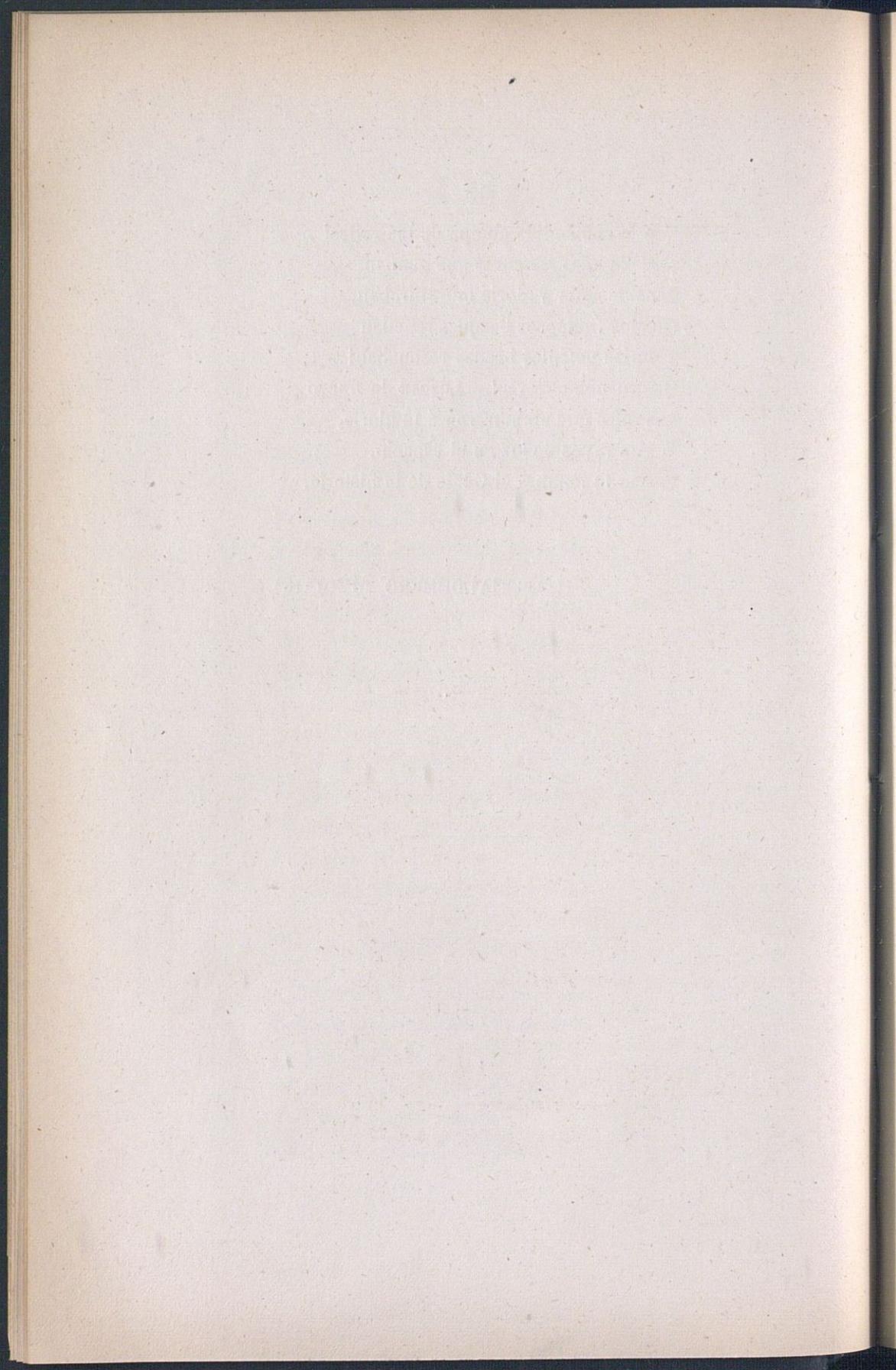
De la desgracia el hálito iracundo
No abatió la altivez de los que fueron
Dignos quizás de dominar el mundo:
Sus fueros proclamaron
Y audaces arrostraron
Del destino las fieras tempestades,
Para poner á flote
Sus pátrias y queridas libertades.

De tal idea á la memoria sola
Los ecos de los siglos aun se agitan,
Y en sus mudos sarcófagos palpitan
Las sombras de Lanuza y Argensola.
¡Aragon! ¡Aragon! Tu gloria cante
El ibérico vate con laud de oro,
Y hasta el celeste coro
Himno entusiasta y férvido levantel.....
Tú eclipsaste la gloria del guerrero,
Para cuya ambicion fué el orbe escaso,
Y, haciendo menosprecio de tu vida,
Humillaste altanero
Al águila imperial nunca vencida!...
Doquier la vista con asombro fijo,
¡Ornamento de España!
Un nombre ilustre veo,
O registro una hazaña,
O aureola luciente
Veo en torno brillar de tu alba frente,
Pues de Luzan, de Goya y de Argensola
La pluma ó los pinceles
Ganaron á Aragon nuevos laureles.

Recuerdo de mis íberas montañas,
Nunca te perderé, mientras posean
Un átomo de vida mis entrañas!...
Sé siempre tú la musa que me inspire
Y el bálsamo que acalles
Del corazon doliente las angustias

Con la espléndida pompa de tus valles!...
¡Ay! En ellos las auras que gemían
Ecos de amor y gloria murmuraban,
Que los frondosos bosques repetían
Y en las potentes breñas resonaban!
Que suenen otra vez!... Luzcan de nuevo
Los soles que alumbraron á tu gloria,
Y, con rayos de luz en el espacio,
Forme tu nombre el Génio de la historia.

BALDOMERO MEDIANO.



LAS GLORIAS Y LAS EXCELSITUDES
DE
NUESTRA SEÑORA DEL PILAR

Perstat adhuc.

PARTE PRIMERA.

Con signos de oro en el velado arcano
De la inmutable Providencia, escrito
Estaba que el Pilar zaragozano
Siglos de siglos mil fuese bendito,
Y se cumple el destino soberano.
¡Divina inspiracion de mi fé pura
Que del polvo mi espíritu levantas,
Y en tus alas espléndidas la subes
A la eterna mansion de los Querubes!
Tú, y no la musa de Helicon impura,
Tú á mi lira darás las glorias santas
Cantár de aquella escelsa maravilla,

De Iberia honor, admiracion del mundo;
Que ya de gozo angelical me inundo,
Pues en mi mente reflejando, brilla
La luz que iluminó la santa escena,
Pues en mi amante corazon resuena
El eco de las arpas celestiales
Que hicieron suspender á Ebro famoso
El resbalar sonante y majestoso
De sus dorados líquidos cristales.

Érase noche del Enero helado:
Con siete humildes fieles hinojado
Velaba Yago y á Salem los ojos
Cabe el Ebro en Augusta dirigia
Por el camino de ásperos abrojos
Que su paciencia santa hollado habia:
«¡Oh Reina celestial, oh Vírgen pura
Y Madre de amargura!
Aurora bonancible de consuelo
A quien tambien aun aflige el cielo;
Tórtola hoy, Viuda en Palestino valle,
Haz que á tu amante proteccion yo deba,
Que anunciando mi voz la buena nueva
Eco mas dulce en los infieles halle.»
Dijo: y al pecho triste el cielo vierte
De esperanza balsámico rocío;
El mústio corazon, antes inerte,
Lleno latió de prepotente brio:
Todo su sér se estremeció tal fuerte
Viva emocion sintiendo,

Cual si grato Jesús se apercibiera,
Del cielo entre fulgores descendiendo
A mostrarse en la ibérica ribera
La gloria del Tabor reproduciendo.

Rásgase el velo de la noche umbría:
Corónanse de luz los altos montes;
Y en tanto que á inmediatos horizontes
Manto brumoso dá la niebla fría,
Del Ebro la hermosísima campaña
Con tintas de oro y nácar se colora:
Mar de fulgor purísimo la baña
Y es el fulgor que en el Empíreo dora
La altísima montaña,
Do el Dios de Sabaot su trono asienta.
Aroma celestial el aura espira
Que de gloria el espíritu alimenta.
Vibra el eco miríficos sonidos
Que no basta á imitar humana lira,
Que no los despidió jamás iguales
Del Santo Rey el arpa enamorada;
Ni cuando en honra de Jehová templada
Canto del Cristo la inmortal victoria
Y su triunfal esplendorosa entrada
Por las eternas puertas de la Gloria.

Ya arrebolando el claro firmamento
Nube de oro y carmin las auras hiende,
Que suave resbalando en curso lento,
Hácia Jacobo atónito desciende.



Del seno de la nube fulgorosa
Derrámase la luz maravillosa
Que la ribera plácida ilumina;
Exhálase el aroma que la encanta,
Se extiende pura la armonía santa
Cuyo divino hechizo Ebro admirando
Para un momento sus bullentes olas;
Y luego rompe con murmurio blando
Por la hermosa ribera publicando
La gloria de las glorias españolas.
Ya mas clara y distinta
Ante el Apóstol fiel grata se pinta
La inaudita y mas próspera ventura
Que al triste suelo dió la excelsa altura.
Honor por pueblo alguno merecido
Y á Iberia concedido.
Obra santa de artistas celestiales,
Entre coros Seráficos relumbra
La más preciada Imágen de María;
Puesto sobre sus manos virginales
A Jesús, tierno infante se columbra,
Que ledó posa en el materno seno,
Mostrando á los mortales
Dónde está la purísima fontana,
Dónde el venero límpido que lleno
De eterna vida entre delicias mana.
Y digna base al monumento sacro
En otro coro Angélico aparece
La columna inmortal que nombre ofrece
De María al divino simulacro.

Duda el Apóstol Santo
Si artificioso encanto
Seduce su exaltada fantasía;
Mas súbito irradiando álbos destellos
Vió en el coro de Arcángeles mas bellos
Vió á la pura sin par Virgen María,
Que en su vesta oriental aparecia
Mas pura y mas gentil que todos ellos.
Era la misma cándida Señora
Al trono de los Orbes elevada,
Y del Orbe terrestre aun moradora;
Divina, celestial Co-Redentora,
Y cual sierva ante Dios siempre hinojada.
Era el mismo dulcísimo semblante
Que todo gracia y majestad inspira,
Y era su misma voz edificante
Que eterno gozo al que la siente inspira.
«¡Hijo miol esclamó con blando acento
Mas grato que los célicos sonidos
Que herian la region del vago viento;
«Honor al Dios del alto Firmamento
Que ampara á los humildes afligidos.»
¡Honor enamorados serafines—
Honor—claman á Dios y á tí, Oh María!
Rosa de oro en los cándidos jardines
De la Gracia eternal!» La luz en tanto
Mas pura de la nube se desprende
Y el coro alado su bendito canto
Y la divina música suspende.
El aura vagarosa



Pliega sus leves alas silenciosa
Y la ribera lúcida y galana
Muda escucha á su Reina soberana.
«Hijo mio: las lágrimas que viertes
Sobre este hermoso suelo,
Óleo santo son; tú le conviertes
En sacro asilo de oracion; el Cielo
Quiere que aquí levantes
Humilde templo que la edad futura
Trasformará en basílica famosa,
De los templos el Alfa y el Omego
En nuestra Ley de gracia venturosa.
Cultos aquí incesantes
Rendirá al Creador la criatura
Postrada ante esa Imágen prodigiosa
Signo de redencion dó se vé unida
Al Dios que en el Siná fulminó el rayo
La tierna esclava en Nazaret nacida.
No en lánguido desmayo
Tu espíritu se aflija y desconsuele
Porque insensible á la piedad repéle
El pueblo la Santísima doctrina.
Esa fuerte columna, base santa
De la radiosa Imágen peregrina,
Es símbolo tambien de inquebrantable
Firmeza diamantina,
Que Augusta mostrará culto rindiendo
A la Ley de Jesús crucificado;
La vida ante sus aras ofreciendo;
El tiempo pasará: con ruda planta

Siglos y siglos hundirá implacable;
Mas no la efigie ni el Pilar sagrado;
Ni extinguirá tu fé, no Augusta mia,
Pues yo te colmaré de bendiciones
En tanto que á dar vida á las naciones
Surja en Oriente el luminar del dia.»
Cesó la voz con su divino encanto
Mundos y Cielos en éxtasi suspende,
Y ya á la tierra el Simulacro Santo
En manos de los Angeles descende.
Ya de eternal Carmelo
A la márgen del Ebro deliciosa
Fué trasplantada por favor del Cielo
La flor mas primorosa.
Ya en la Columna veneranda enhiesta
Muestra su Imágen su beldad divina:
Rompe en himnos de amor la escelsa orquesta:
Todo el alado ejército se inclina
Y á su amante y magnífica Señora
En la efigie inmortal sumiso adora
Cantando esta balada peregrina:
«Dios te salve, sagrada María,
Luz de Augusta y su gala sin par;
Cielo y tierra te dan á porfia
Tierno culto en el Santo Pilar.»

«Tu seráfico Templo Augustano
Reflejando tu escelso poder
De los templos del orbe cristiano
El primero y postrero ha de ser.»

«Ante tí en el girar de los siglos
Mónstruos mil de impiedad surgirán;
Ante tí por la Fé los vestiglos
Al Averno lanzados serán.»

«Nueva Escala del nuevo Jacobo,
Santifica este nuevo Betél;
Y haz que todas naciones del globo
Sus amores te canten en él.»

«Gloria, honor y laureles y palmas
A la gloria del Cielo eternal,
Que á salvar las ibéricas almas
De Salem vino en carne mortal.»

«Cuando anuncie del mundo la ruina
Ronca trompa de horrendo fragor,
Aun radiosa la imágen divina
Verterá en el Pilar su esplendor.»

«Dios te Salve, purísima aurora,
Luz de Augusta y su gala sin par;
Cielo y tierra te adoren, Señora,
Elevada en el Santo Pilar.»

Cual transparentes nacaradas brumas
Que de sereno lago se levantan,
Y aves se fingen de vistosas plumas
Que á los rayos de Febo se brillantan,
Así tendiendo el luminoso vuelo

Los Ángeles se elevan al espacio,
Do en nube de carmin y áureo topacio
Pura en carne mortal posa María
El sólio que radiante se mecia
Tal tesoro de gracia sosteniendo,
De espíritus alados se rodea,
Y al punto nuevos himnos repitiendo
Se vé el cortéjo místico moviendo
Su rumbo hácia la mísera Judea.
Jacobó, tras la nube voladora,
Siente que se le va su alma, su vida,
Y la inmortal Señora
En dulce despedida,
Tendió su diestra hácia su siervo amante.
Cual tierna Madre sonrió clemente,
Brilló en sus ojos gracia edificante,
Y en medio de la nube resplendente
Despareció. Las célicas Milicias
Cantando sus grandezas se alejaron;
Suavísimos consuelos y delicias
De Yago el alma santa regalaron;
En tanto que flamígera en el viento
Guerrero celestial blandió su espada
Y una voz escuchóse resonando
Del alto Firmamento,
A su diestra del santo monumento
La defensa eternal encomendando.

PARTE SEGUNDA.

¿Qué mole de infinita pesadumbre
Sobre ancha base al cielo se levanta,
Cuya grandeza ledo resonando
Ebro á sus piés enamorado canta?
Sacra mansion, piadosa muchedumbre
Llega á sus altas puertas revelando
El ansia mas bendita, los semblantes
Por humillar las generosas frentes
So el vuelo de las bóvedas gigantes.
¡Oh! penetrad! Rientes
Las auras del placer en torno vagan
Del corazon tranquilo?
Pues mil goces habreis que el alma halagan
Al visitar el sacrosanto asilo.
Se abate al bajo suelo
Transido en ayes vuestro pecho triste?
Vereis ahí templando el fiero duelo
De que dulce esperanza se reviste.
Oh, penetrad los huecos
Del templo que á las nubes se dilata.
Retiemblan á los ecos
De alabanzas de Dios y de María;
María del Pilar, ¡oh voz mas grata
Que la mas hechicera melodía!

Nombre de eterna esplendorosa historia
Que á veinte siglos dá celeste gloria.
¡María del Pilar! ¿Dó el bajo techo
Sobre toscos adobes levantado?
Dó el santo asilo está pobre y estrecho
Por Yago y sus creyentes fabricado?
Le hundió bajo su planta
Ministro de un Neron, Servio, Sulpicio?
Fué por el vil Daciano
Mónstruo feroz cuyo recuerdo espanta
Destrozado en el hórrido ejercicio
De su furor pagano?
¡Jamás Dios permitiera
Que un sangriento Jordan la Iberia impura
Del corazón de Augusta correr viera
Sumiendo del martirio en los horrores
Altas princesas, tristes aradores!
No empero aquella luz que en la conciencia
De innumerables mártires brillaba,
Cual ellos resignaba,
En brazos de la muerte su existencia,
Esa luz eras Tú Divina Aurora.
Y campeón celestial ahí te escudára
Lanzando de su espada vibradora
Destellos fulgurantes,
El Ángel del Señor por tí velára;
Y ora elevada en mísero aposento
O en sagrado de pórvido y brillantes,
El Ángel del Señor en toda hora
Será del mundo hasta el postrer momento



Rayo de asolacion á la altiveza
Que osára el ampo ajar de tu belleza.
Así impotentes contra tí pasaron
Los que culto á los ídolos rindieron;
Los que en Mahoma estúpidos creyeron,
Y todos hasta el fin te respetaron.
En tanto la piedad al breve templo
Los límites estiende.
Dilatarse una vez y otra contemplo
La mole colosal que al Cielo asciende
Y acrecese aun el templo y se devora
Del arte los primores agotando,
Y mil y mil riquezas atesora;
Y bélicas banderas ostentando
Reina inmortal la angelical capilla
Erigise en piadosa maravilla
Y monumento fiel de épica historia
Que es á Tí y á Aragon á un tiempo mismo.
Tabernáculo escelso de tu gloria
Pabellon de su honor y su heroismo.
¡Oh glorias de Aragon! Rauda la mente
Avánzase del arte á los jarales
Suspéndese en el Pano;
Y abarcando el pasado y lo presente
De Uruel hasta las Eras inmortales
Alto monte no vé ni estenso llano
Que no cante las ínclitas hazañas
Del invencible Aragonés guerrero,
Por valles memorando y por montañas
de Ainsa, la Cruz y de Sobrarbe el fuero.

Fé y libertad. ¡Ah! ¿Quién, quién fué el primero
Númen santo de amor que en esta tierra
Convirtió á los estúpidos esclavos
En séres de alto honor, soldados bravos
Atletas de la fé, rayos de guerra?
María del Pilar ¡Virgen bendita!
María fué la invicta Soberana
De tantos héroes cuya gloria escita
La admiracion humana.
¿Y no fué Ella la escelsa capitana
Que viendo al Corso audaz que arrebatado
De España el corazon raja y destroza,
Inspiró á un pueblo inerme abandonado
La defensa inmortal de Zaragoza?
¡Oh libertad! ¡Oh fé! ¡Oh fé en María!
¡Oh Reina del Pilar! Quien en Tí crea
Cumplidos siempre sus afanes vea
Y lóete, Señora, noche y dia.
Alza tu frente de la tumba fria,
Dichoso Pellicer! ¡Oh, mas felice
Que serlo imaginaste!
A excelso fin de sin igual ventura
Tu cuna pobre se meció en el suelo,
Y premiando en tu fé la fé mas pura
Mostró en María su bondad el cielo.
«¡Oh Virgen, esclamaba! ¡Oh Madre mia!
Yo tengo en Tí esa fé que arrancaria
Un alto monte de su eterna base,
Y á otro lado su mole empujaria;
Mi pura fé de tu columna se ase,

Y á Tí cien y cien veces me encomiendo,
La estensa cicatriz de herida impía
En óleo de tus lámparas ungiendo.»
Y la madre y el hijo sollozando
Rezaron mucho mucho en tal vigilia,
Y al fin movida de su llanto acerbo
La Virgen del Pilar, premió en su siervo
La fé de aquella mísera familia.

¡Oh madre amorosa, de tristes consuelo,
De pechos felices placer sin igual!
Mil veces bendita la hora en que al suelo
De Augusta dió gloria tu faz celestial.

Divino en la tierra lucero Augustano
Que en brillo perenne relumbras ahí;
De todos los senos del orbe cristiano
Piadosas miradas se elevan á Tí.
Rendidos te ofrecen el génio sus alas,
La ciencia su antorcha de claro fulgor.
La gloria sus triunfos, el arte sus galas,
El vate su númen, el héroe su honor.
Los tiernos esposos, amor sacrosanto,
Los padres, el hijo que dado les fué,
La paz los felices, los tristes su llanto,
Sus joyas los ricos, los pobres su fè.

En mísero valle de lágrimas dando
Al viento suspiros de acerbo dolor,

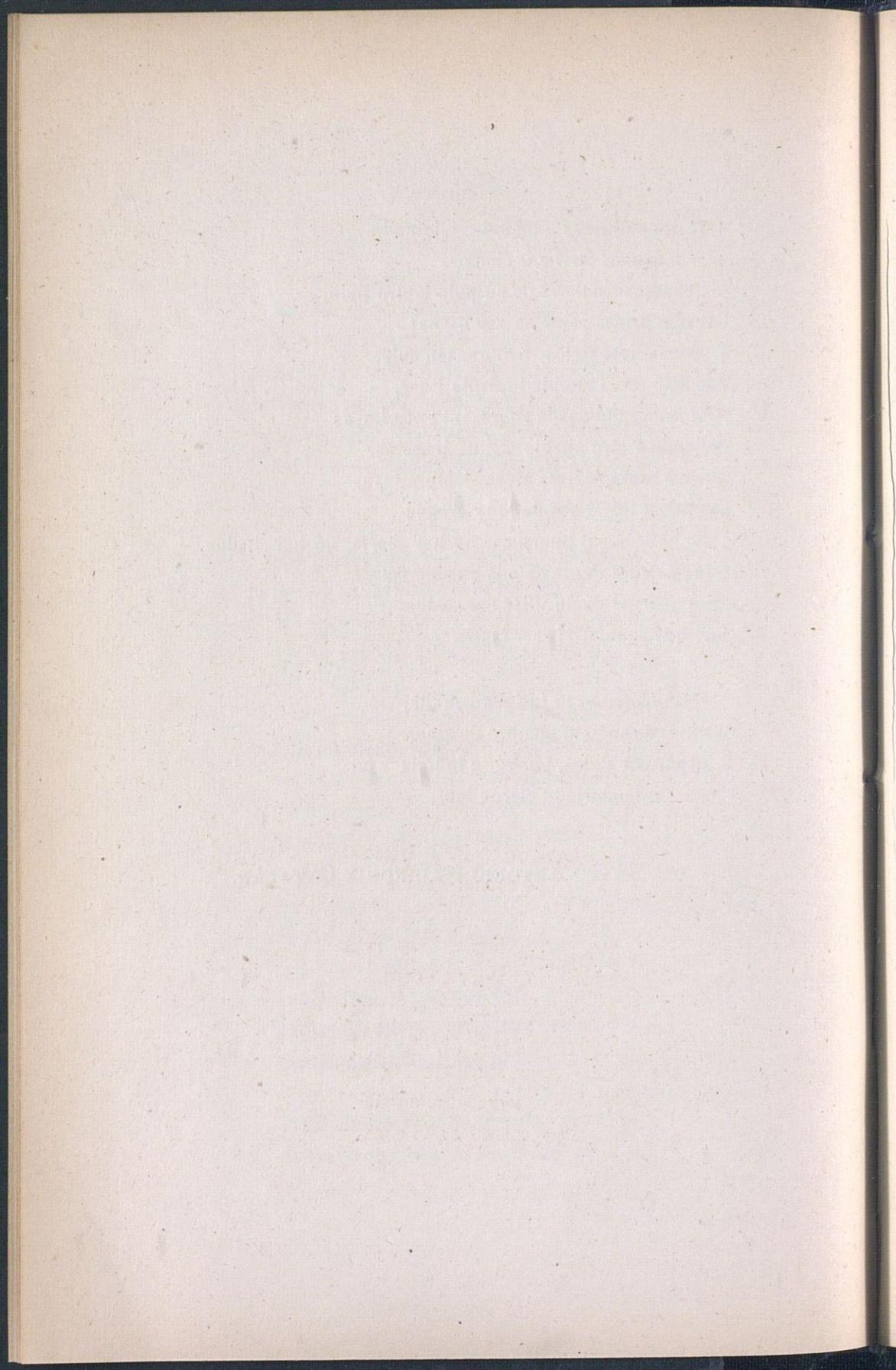
A Tí nos volvemos gimiendo y llorando,
A Tí dirigimos ferviente clamor.

Retiembla la tierra de un polo á otro polo,
Las mas firmes rocas se ven oscilar,
Y ya en veinte siglos, Señora, tan solo,
Tan solo está inmoble tu Santo Pilar.
¡Oh! Nunca indignada sobre él te nos huyas
Pidiendo á otro pueblo mayor devocion,
Que en brava firmeza serán siempre tuyas
Las vidas, las almas de todo Aragon.

No hay fuerzas humanas, no hay suerte, no hay hados,
Que en negra desdicha nos puedan sumir,
Pues todos al Santo Pilar abrazados
Juramos contigo vivir y morir.

Vivir adorando tu imágen bendita,
Morir invocando tu nombre de amor,
Y luego, por siglos, por série infinita
Cantar en la gloria tu eterno loor.

MARCO ANTONIO GALINDO Y CATALÁN.



¡ARAGON!

*Urbium autem mediterraneis in Tarra-
conensi clarissimam Cæsaraugustam, etc.*

BLANCAS.

(Aragonensium rerum comentarii.)

I

¡Aragon! ¡Quién arrogante
Sintiera el númen divino
Que, con estro peregrino,
Encendió á Homero y al Dante!
¡Quién de tu gloria jigante,
Sin que el débil sistro rompa,
Pudiera cantar la pompa!
¡Mas quién vence empresa tal,
Si ante tu nombre inmortal
Rompe la Fama su trompa!

II

Desde que tu nombre santo
Dentro de la tierra vive,
Cuando la Historia lo escribe
Llena los siglos de espanto:
Por eso, cuando te canto,
Cuando tu grandeza nombro,
Siento cuán flaco es el hombro
A pesadumbre tamaña;
Que es cada paso una hazaña,
Y cada hazaña un asombro.

III

Perdidos pátria y hogar,
Nuevos lares y moradas
Nuestros padres, á lanzadas,
Tuvieron que conquistar:
Y sin punto de vagar
En su empresa meritoria,
Puesto su norte en la gloria,
Contra la hueste moruna,
Domeñaron la fortuna,
Fatigando á la victoria.

IV

Que en este país egregio,
Por designios diferentes,
Tienen sus hijos valientes
De virtudes privilegio:
Y es infame sacrilegio
La flaqueza ó el temor,
Que, con generoso ardor,
Late en cada pecho heróico
El de un espartano estóico
O un romano triunfador.

V

Hablen por mí cada risco,
Cada valle, cada monte,
Cuanto abarca el horizonte
O alumbra del sol el disco;
Y hable ese pendon morisco,
Que en acometer se goza,
Y á quien desgarrar y destroza
Con denuedo pertinaz,
En Jaca y en Alcoráz,
En Tudela y Zaragoza.

VI

Pero ante grandeza tanta,
Ante denuedo tamaño,
De la pátria el aledaño
El aragonés quebranta,
Y, con atrevida planta,
Buscando riesgo mayor
En el revuelto fragor
De la embravecida guerra,
De Leónidas la tierra
Admiró á Roger de Flor.

VII

Aun hoy, en tierras lejanas,
De los mares á través,
Recuerda el nombre francés
Las Vísperas sicilianas:
Y con las naos, que ufanas
En una y otra funcion,
Dueñas y señoras son
Desde el Táuro hasta el Atlante,
No hay playa donde no plante
Sus pendones ARAGON.

VIII

Pero esta nacion audaz,
Que con sus armas aterra,
Si Alejandros en la guerra,
Cuenta Numas en la paz:
Aquí, del soldado en faz,
Sin menoscabo ni insulto,
Que pueda quedar inulto,
Guarda la ley su franquicia,
Que en ARAGON la Justicia
Tiene á par de Dios su culto.

IX

Aquí, cada cual ufano,
Sabe ser, con pecho entero,
Para el combate guerrero,
Para la paz ciudadano:
Nadie tolera al tirano,
Sea plebe ó sea rey,
Porque del pueblo la grey
Busca, sin temor ni ardid,
La independenciam en la lid,
La libertad en la ley.

X

La toga del magistrado,
Justo, prudente y discreto,
No infunde menos respeto
Que la malla del soldado;
Y á par de Roma ha legado
Glorias, del tiempo á través,
Nuestro foro aragonés,
Y lo atestiguan así
Canellas y Bardaxí,
Del Molino y Portolés.

XI

De sus leyes paladion,
No menos santo y robusto,
Es el tribunal augusto
Del Justicia de Aragon:
Allí, contra la pasion,
El cohecho ó el desman,
Rectos veredictos dan,
Que la justicia blasona,
Un Lanuza, un Artasona,
Y un Jimenez de Cerdan.

XII

El valor, el ardimiento,
La constancia en las empresas,
En almas aragonesas
Tienen, de juro, su asiento:
Así, con igual aliento,
Si por rico galardón
Un mundo trajo Colón,
Enviáronle por él,
En Castilla una Isabel
Y un Fernando en ARAGON.

XIII

¡Bendita tierra, bendita!
Vergel cubierto de flores,
Boscaje de ruiseñores
De amenidad infinita;
Nada tu primor limita,
Ni puede darte recelo,
Pues, aun al dorar tu suelo
Con esplendente árrebol,
Parece mas claro el sol
Y mas brillante tu cielo.

XIV

No hay regiones peregrinas
Que estén de igualar seguras,
La pompa de tus llanuras
Ni el verdor de tus colinas:
Surcan fuentes cristalinas
Entre murtas y cipreses,
Y allá en los estivos meses,
Emulan montes y llanos,
Viñedos napolitanos
Y siracusanas mieses.

XV

Surca el Ebro rumoroso
Húmedo lecho de arenas,
Siendo holocausto sus venas
De tanto vergel frondoso,
Sin que hoy olvide orgulloso,
En su lento caminar,
Que hubo otro tiempo sin par
En que á gloriosas empresas
Las naves aragonesas
Altivo condujo al mar.

XVI

Cabe su serena orilla,
Que embalsaman gayas flores,
La fé de nuestros mayores
Se ostentó pura y sencilla,
Y en suntuosa maravilla,
Que alzaron en grata union
El Arte y la Religion,
Cien y cien generaciones
En dichas y en aficciones
Confundieron su oracion.

XVII

¡Fél preciosísima esencia
Que, con misterio no escaso,
Como en sacrosanto vaso
Guarda el hombre en su concienial
¡Fél que das mas evidencia
Que si hecho palpable fueses,
Y ni en glorias ni en reveses
Jamás tu vigor se trunca,
No dejes huérfanos nunca
Los pechos aragoneses!

XVIII

Tú, con sacrosanta llama
Alumbrando su camino,
Eres el númen divino
Que los mueve y los inflama:
¡Feliz pueblo el que te aclama
Sin cejar ni sucumbir!
¡Dichoso cuando al vivir
Fé tuvo en su antigua gente,
Fé le anima en lo presente,
Fé tiene en lo porvenir!

XIX

Por eso, por su constancia,
Por su proverbial teson,
Que es virtud que en ARAGON
Se ostenta con arrogancia,
Rotas y humilladas Francia
En uno y otro revés
Sus águilas vió despues,
Y, haciendo al mundo temblar,
Aquí se vino á estrellar
Aquel coloso francés.

XX

Ante esas tapias de arena
Fueron mustios oropeles
Los orgullosos laureles
De Austerlitz, Marengo y Jena,
Y si almena tras almena
Hoy se vió á Francia caer,
De otro gigante al poder
Que la rinde y la destroza,
A vencerla en Zaragoza
Fué bastante una mujer.



XXI

Musa, cese ya tu canto,
Porque no hay voz arrogante
Que tan altas glorias cante,
Ni pregone esfuerzo tanto:
Basta con el nombre santo
De tan insigne Nacion
A colmar la admiracion;
Pues cuanto grande se encierra
Sobre la anchurosa tierra
En tí se cifra ¡ARAGON!

JULIO MONREAL.

Á MARÍA SANTÍSIMA DEL PILAR.

ODA.

Tu, salus nostra!

Tranquila noche! Deleitosa calma!
Apenas si el latido
Suenan del corazón dentro del alma.
Solo un manso ruido,
Sonoro, grave, de perenne acento,
Se oye á la par del suspirar del viento.
Es del ondoso río la corriente
Do se mira de Augusta el leve muro,
Que una vez y otra vez el brazo duro
Rompió al conquistador fiero, insolente.

Entonce avaras de enemiga sangre,
Turbias y rojas hácia el mar llevaban
Sus aguas, de cadáveres hendidas,
Las destrozadas armas homicidas.
Entonces resonaban
Sus ondas con los ayes lastimeros
De la víctima opresa, y del verdugo
Con los rugidos de venganza fieros.
Mas hora no; que placentera y grata,
La blanca diosa de la noche umbría
En su claro raudal limpia retrata.
Los usados despojos
Del cano invierno en el cristal ondean;
Que no vuelve otro son que el de las auras
Que en los desnudos ramos juguetean.
En tanto, allá en la orilla,
Turba la paz, que al rededor sus alas
Bate, ostentando de su albor las galas,
La voz de una plegaria,
Que en invisible vuelo,
Sube ardorosa al compasivo cielo
Desde el fondo de una alma solitaria.
Es el Apóstol santo,
De la dichosa nueva mensagero;
Es aquel que primero
La vida rescató de nuestra España
Contra el averno y su tremenda saña.
«¡Oh Virgen! (tal decia,
Convirtiendo sus ojos á María).
No permitais, Señora,

Que esta nacion, que lastimada llora
En medio de las sombras del pecado
Y de la muerte, con acerba pena
Arrastre de Satan la vil cadena.
Oid ¡oh Madre! mi ferviente ruego:
Haced que, amando la divina idea,
Cada pecho español al punto sea
Templo abrasado en sacrosanto fuego.»

Dijo: y, con suave giro,
Posó en su sien esplendorosa y bella
El sueño bienhechor la blanda mano:
Y dulce y vago y celestial suspiro
En pos despierta los dormidos ecos
De la enramada en los quebrados huecos.

Súbito cede el murmurar del viento;
Su son amenguan las torcidas ondas;
Recoge el aura su aromoso aliento,
Y del ave nocturna, entre las blondas
Aéreas, fenece el temeroso acento.
En tanto de la luna los fulgores
Apagándose van: el campo toma
Un desusado aroma,
Y toman á la par vida y colores
Las encogidas moribundas flores.

Es que allá en lontananza,
De sus arpas la eterna melodía
El almo coro hácia la tierra envía:
Es que sus brillos lanza,
Rasgando leda el tachonado velo,
La lumbre que los ojos celestiales

Ofusca con sus vívidos raudales.

Dichosa claridad, del propio seno
Del que engendró los soles derramada!
Mil veces bienhadada,
Tú que á anunciarnos llegas la fortuna
De esta ciudad, dó se meció mi cuna!
¿Qué traes, luz bendita?
¿No ves que el casto, regalado sueño
Turba del buen Apóstol tu visita?
Por tí ya la inquietud presta le acosa;
Por tí se azora, y al caer de hinojos,
Sin duda que por tí tambien rebosa
Gozo en su corazon, llanto en sus ojos.

Muda la lengua, la mirada fija,
Entre gozoso y pavorido, lejos
Vé de inflamada nube los reflejos;
Y revolando en la divina lumbre,
Aurea muchedumbre
De alados querubines
Volar junto del Ebro á los confines.
Himnos modulan de inefable encanto;
Y entre el incienso que oloroso humea
En los pebetes de diamante y oro,
Un Pilar milagroso, sacrosanto,
En brazos vá del encendido coro.

Coronando la espléndida hermosura
Del concierto divino,
Albo fulgor, aroma peregrino
Viene esparciendo la inmortal Estrella
Y amor sembrando en la dorada huella.

Alzad ¡oh tristes! los dolientes ojos:
La Reina de los cielos y Señora
Alegre de su luz con los despojos
El negro albergue donde el llanto mora.

El ala de zafiros y esmeralda
Plegó ya el serafin en blando giro
Sobre la bella espalda:
Exhala el viento su postrer suspiro,
Y en la presencia del luciente coro
Suspende el agua el retozar sonoro.
Toca el *Pilar* en la feliz orilla
Donde Santiago recogido yace.

La Virgen sin mancilla
Posa la excelsa inmaculada planta
En la columna que su amor levanta
A la eterna memoria
De esta sublime, religiosa historia.
«¡Oh inesperado bien! clama el Apóstol,
¡Oh dicha imponderable!...» Mas el gozo
Ahogó su voz y le arrancó un sollozo.
Entonces inclinando
Con sonrisa la faz clara, serena,
La Esposa del Señor, de gracias llena,
«Aquí, dice al Apóstol, su morada
Pone mi corazón: álzale un templo,
De mi cariño hácia la grey amada
Perenne, mudo, incontrastable ejemplo.
Los siglos pasarán y las edades,
Pero no mi piedad: con larga mano
Aquí al aragonés, al pueblo hispano

El tesoro abriré de mis bondades.»
Dijo y desapareció. ¡Séres dichosos
Los que tal escucharon y tal vieron!
Los ecos presurosos
En la sutil esfera recogieron
La palabra inefable: de la tierra
El seco polvo derramó fragancia;
El sol mas claro despuntó en la sierra;
Del denso bosque la sombría calle,
La fresca gruta y el pintado valle
Tuvieron mas color, mas resonancia.

Presto del rubicundo
Señor del dia la benigna lumbre
Del templo sin segundo
Doró la breve, desigual techumbre.
De los humildes muros
Vióse en torno bullir alegremente
La multitud creyente,
Como suele la cria numerosa
De la abeja industriosa,
Que errante vaga en la campiña amena,
En la nueva colmena
Agitarse zumbando rumorosa.

La mano del Eterno
Ha engrandecido de su Esposa amada
La angélica morada.
Así creció como el arbusto crece,
Cuando el agua y el sol y el aire puro
Do los vivientes con placer alientan,
El leve tallo cimbrador sustentan:

Tiende la pompa de sus ramos luego;
La fértil copa con primor levanta,
Y la transida planta
Posando allí debajo el peregrino,
Las fatigas ahuyenta del camino.

Los siglos, al correr, allí dejaron
De mil generaciones
Depositada la escogida ofrenda;
Y un ósculo estamparon,
Henchido de amorosas bendiciones,
De fé segura en delicada prenda.
Allí el mendigo la inmortal riqueza
Del alma recibió: don de largueza
El acuitado poderoso: vida
Quien en el lecho del dolor hundido
Triste lloraba la salud perdida.
Reyes que justa celebró la Historia
La sien augusta, de laurel ceñida,
Humillaron allí: de la victoria
Los trofeos allí se amontonaron,
Y en rendirse á María colocaron
Los invencibles su primera gloria.

Del déspota romano,
Cuyos rayos midieron el circuito
De la domada tierra,
Secó la dura, despiadada mano
Este *Pilar* bendito,
Grande en poder, en gracias infinito.
El hijo de las selvas ardoroso
Le respetó tambien: fiero, arrogante



Miró el prodigio; mas pasó adelante
Sin turbar impetuoso
De la *Columna* el eternal reposo.
En sonoro tropel llega al escape
Del medroso desierto
El árabe tostado: de repente,
Enfrena su corcel, baja la frente,
Queda la mano y el alfange yerto.

Solo el galo traidor, sus manos solo
Osaron profanar con el veneno
De vil codicia y execrable dolo
Del Templo augusto el venerando seno.
Él holló nuestra fé y nuestros hogares;
Él de la pátria el fervoroso anhelo
Ahogar quiso tambien; nuestros altares
El hacha infame derribó en el suelo.
Mi pecho aragonés se irrita, lleno
De santa indignacion, á la memoria
De tanta atrocidad. Oh! de la Historia,
Sobre la turba sin pudor ni freno
Caiga la execracion; y en quien destroza
De la piedad el candoroso seno,
La eterna maldicion de Zaragoza!

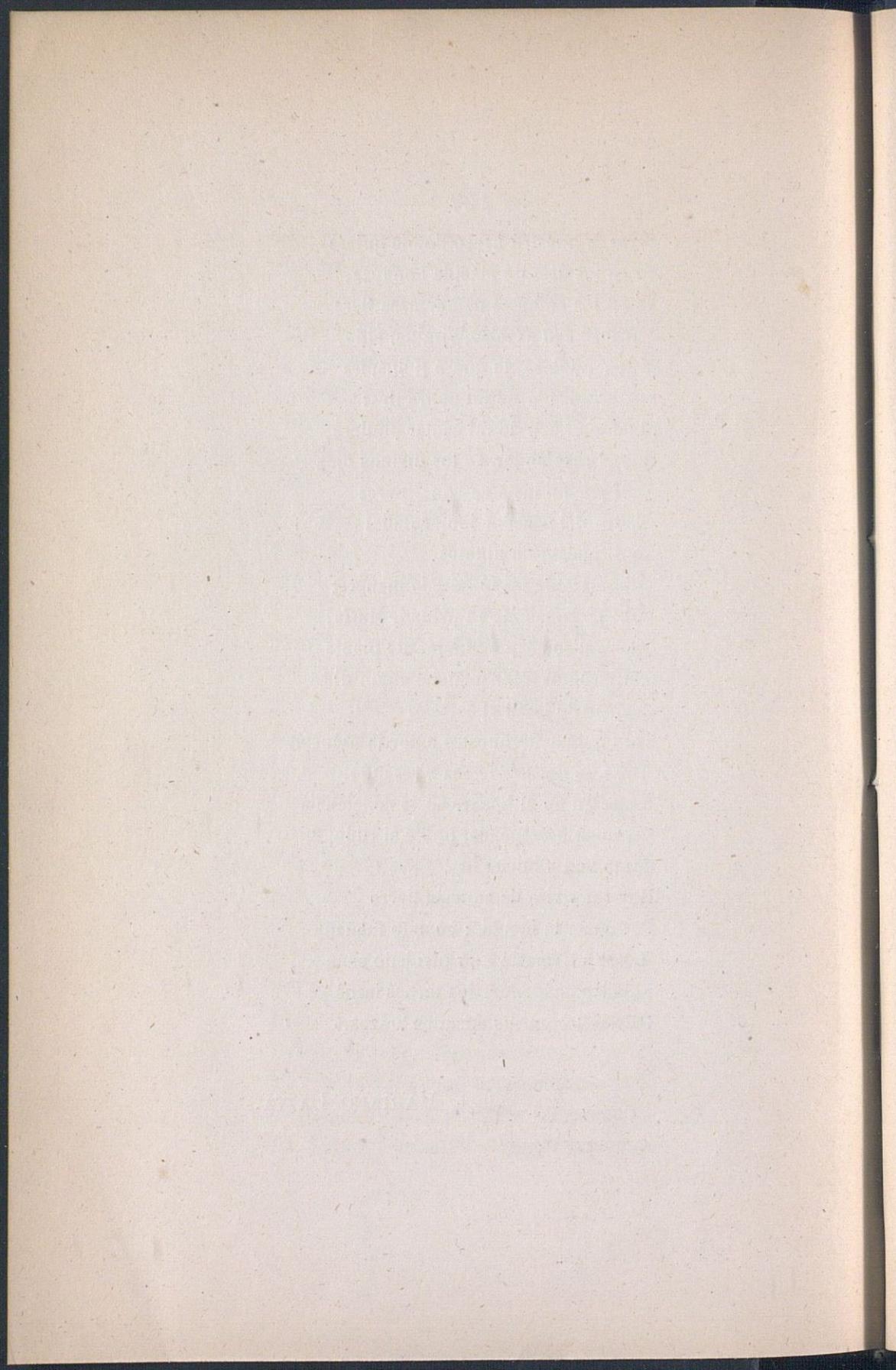
Mas tú, Virgen María,
Que á la diestra de Dios allá en el cielo,
Miraste de tus hijos la agonía,
Consentir tal afrenta no quisiste;
Y al nuevo Faraon en negro abismo
De grande ruina y perdicion hundiste.
Tú, Virgen, nuestra luz, nuestra esperanza

Serás, y nuestro brazo donde quiera,
Ya en los días de plácida bonanza,
Ya en los embates de borrasca fiera.

Ah! Si á tu excelso, virginal oído,
Llegar pudiese, la que á tí suspira
Voz arrancada de mi pobre lira;
Si tanto el son de mi cantar pudiera,
Que el resplandor de tus divinos ojos
A mí por un instante convirtiera;
¡Madre del pecador inmaculada!
Aquí, puesto de hinojos,
Te hablára de mi fé de esta manera:
«Oh! no consienta tu piedad, María,
Que este solar que tu adorada planta
Santificó una vez, manche algun dia
El cieno de la vil apostasía.

Sea tu amor de nuestro amor la esencia;
Tu Fé de nuestra fé sea el escudo:
Reina Tú en el hogar, en la conciencia
Del pueblo aragonés, noble si rudo.
Como leal y bueno
Hoy así vivirá de aquesta tierra
El hijo en tu bondad: cuando mañana
Venga á llamarle á su olvidado seno
El polvo igualador, los torpes lazos
Dále soltar en tus amantes brazos.»

MARIANO LAITA.





LA VIRGEN DEL PILAR

TRADICION RELIGIOSA

I

Esparce sus sombras la noche callada,
Tranquila dormía la Augusta ciudad,
Tan solo del Ebro la mansa corriente
La paz del silencio lograba turbar.

Al pié de los muros y cabe la orilla
Murmuran diez hombres con santo fervor
Cristiana plegaria que llevan las auras
Al sόlio supremo, al trono de Dios.

Cesaron las preces y atentos los nueve
Pendientes del lábio del décimo están,

Que en tierno discurso de unción sacrosanta,
Les dice y enseña la Eterna Verdad.

Jacobo es su nombre; discípulo, amigo
De Aquel que en la esfera difunde la luz,
Del Padre amoroso que al hombre precito
Redime muriendo clavado en la cruz.

Relata la historia del fiero Deicidio,
Refiere la escena de inmenso dolor,
De Madre infelice que al hijo inocente
Contempla en los trances de muerte y pasión.

Les habla de un mundo de gloria sin tasa,
Do espera á los fieles la dicha inmortal,
Porque hay una Virgen que implora en su ayuda
La gracia infinita de un Dios de piedad.

II

¿Qué suave armonía llenando el espacio
Del Divo Jacobo suspende la voz?
¿Qué luz, disipando la densa tiniebla,
Con claro destello la noche alumbró?

Rodeada de coros de alados Querubés,
En sòlio de estrellas de puro brillar,
La Madre del Verbo, la dulce María,
Radiante aparece en carne mortal.

«Jacobo, le dice, discípulo amado
De Aquel que el Calvario con sangre ilustró,
De Aquel que rigiendo la célica esfera
Se sienta á la diestra del trono de Dios:

»En estas de Iberia feraces regiones
Do siembras el grano de vida y verdad,
El fruto sabroso de fé y bienandanza
El fin de los siglos verá cosechar.

»Mi efigie te entrego: marmórea columna,
Que angélicas manos levantan aquí,
Le sirva de grada do acuda el cristiano
Que dones al cielo pretenda pedir.

»En lucha constante de sangre y errores
Morir los Imperios los siglos verán;
Escude á los fieles la sacra columna,
Perenne baluarte de fé y de piedad.»

Y en tanto el Apóstol con éxtasis santo
Venera el presente de augurio feliz,
Se alejan los coros, la luz se disipa
Y torna la noche su imperio á regir.

Humilde cabaña, la plácida aurora
Refleja en la linfa del Ebro caudal;
En ella se oculta preciado tesoro,
La imágen querida y el sacro Pilar.

Y en tanto que España gimiendo cautiva
Ofrece al martirio mil fieles y mil,
Uncida al capricho de impío Romano,
De rudo Agareno, de Godo gentil;

Jamás en el templo que honrará María
De fieles amantes el culto faltó,
Y cabe su trono antorchas lucientes
Brillaron en Braulio, Valero y Tayon.

III

Pasaron los siglos: el cetro de Roma
Cayó á los embates del bárbaro audaz;
El Gótico imperio rodó en Guadalete;
Hundióse en Granada la luna de Islam.

La cruz vencedora domina esplendente
Del alto Pirene á Hercúleo peñon;
Ganoso de darle mayor horizonte,
El trono de un mundo la ofrece Colon.

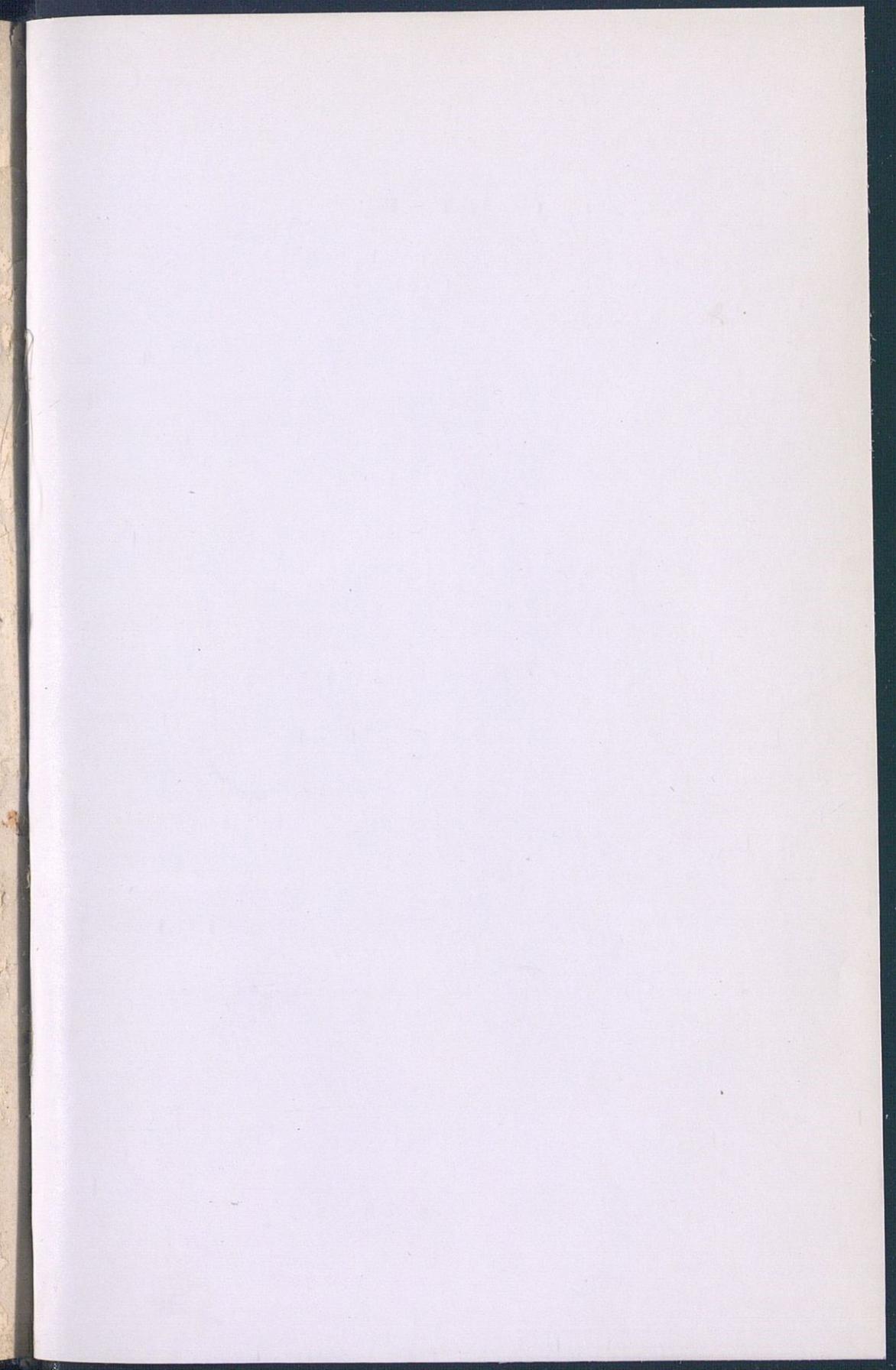
La humilde capilla en templo grandioso
Del pueblo cristiano trocó la piedad,
Y apura en su adorno su númen el arte
Que ofrendas del génio conduce al altar.

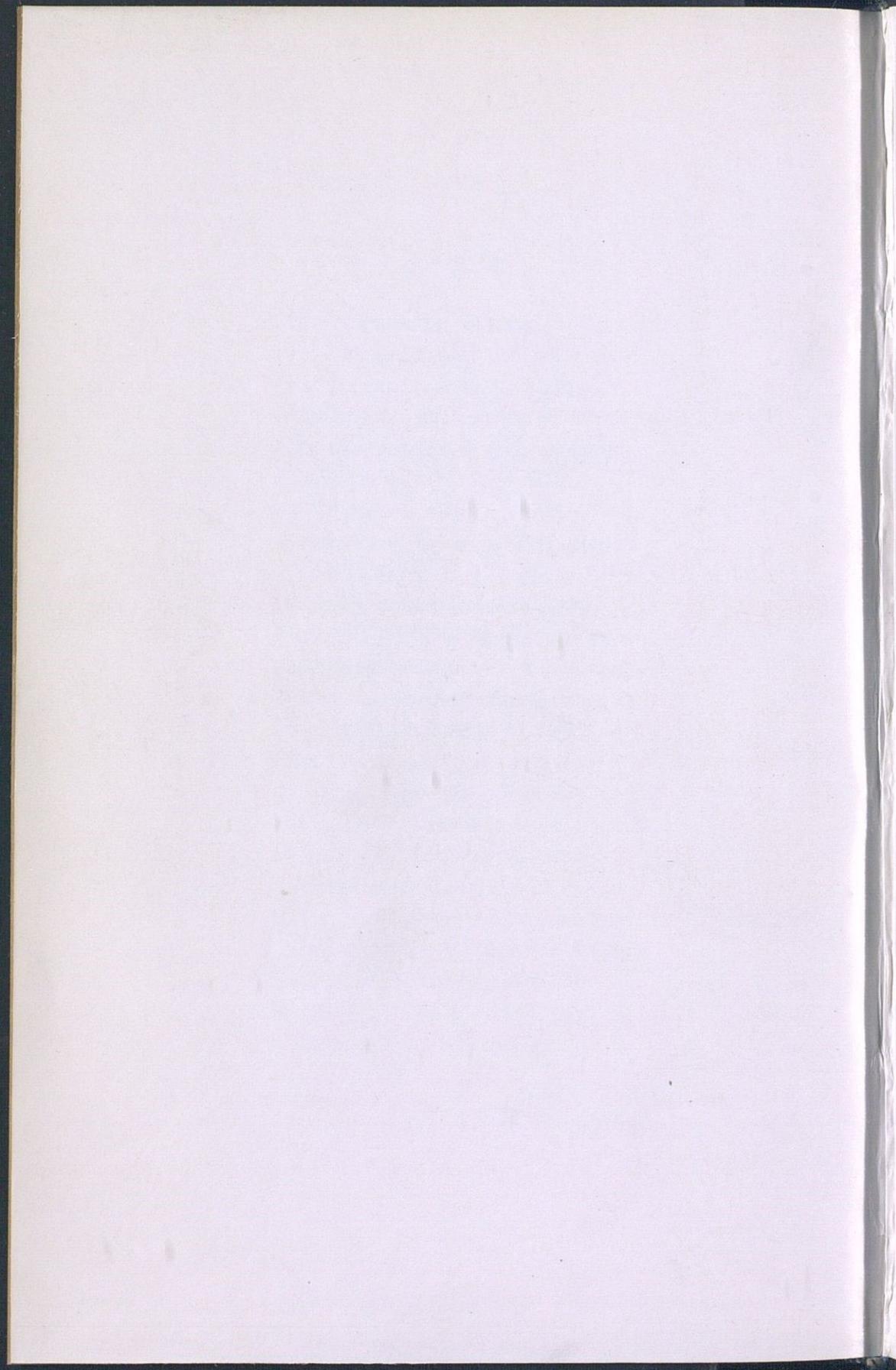
Corrieron centurias, rodaron Imperios,
Imperios funestos caerán á su vez;
Perenne tu templo purísima Vírgen,
Es base inmutable, Pilar de la fé.

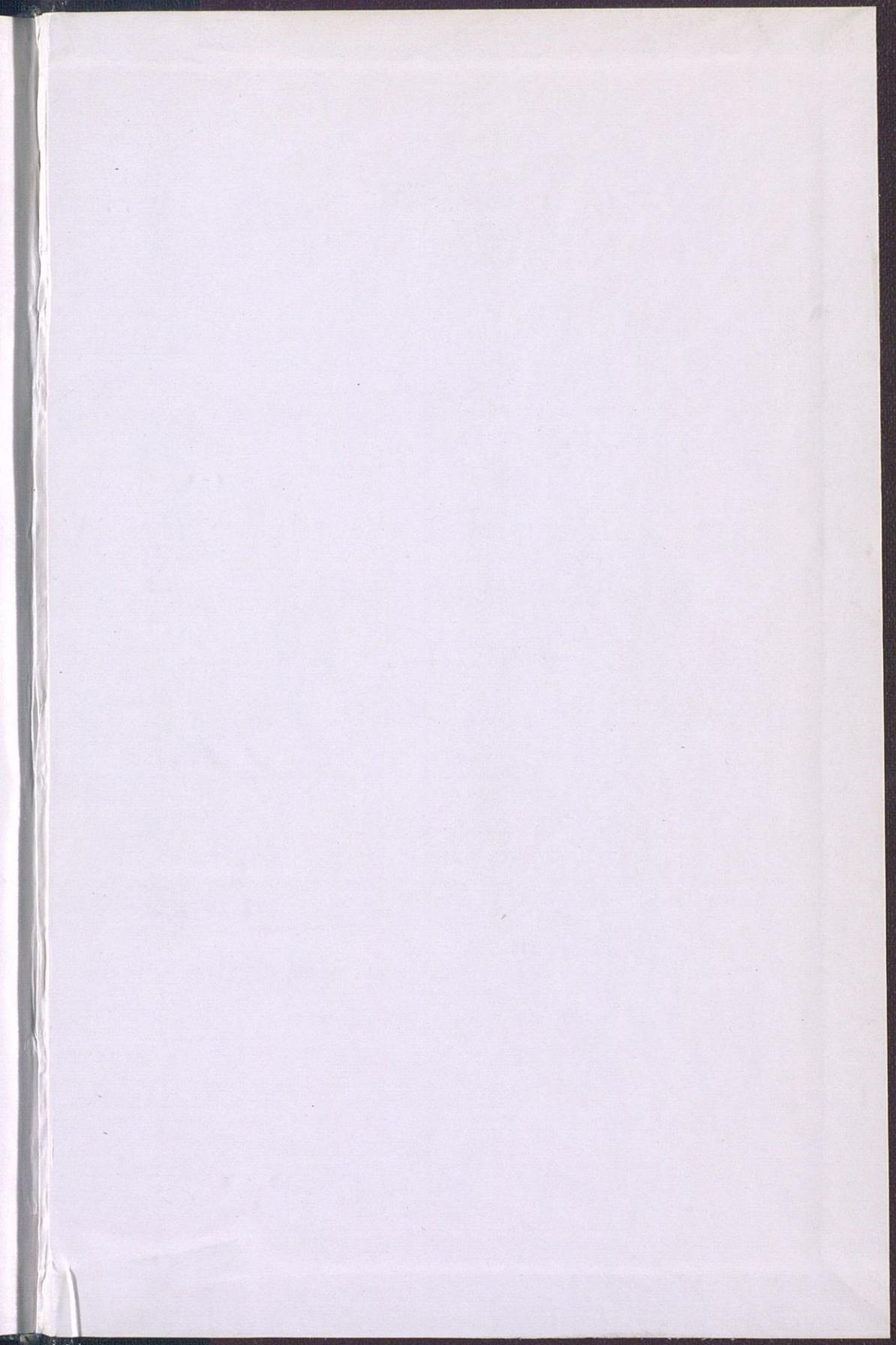
Y pueblan constantes la bóveda augusta
Los ecos sublimes de tierna oracion,
Y sube al espacio la nube de incienso
Que un pueblo de fieles consagra á tu amor.

Que en estas de España feraces regiones
Que llena María de luz celestial,
El fruto dichoso de fé siempre viva
El fin de los siglos verá cosechar.

MARIO LASALA.









CE
T

AF